5289

Hamlet.

Gener

14

HAMLET

WILLIAMS SHAKSPEARE

HAMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

VERSIÓN Y ADAPTACIÓN CASTELLANA, REPRESENTABLE, REVISADA POR SIR HARRIS SIDNEY HOLMET, DE LA SOCIEDAD SKAKSPEARIANA DE LONDRES

POR

POMPEYO GENER



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

PERSONAJES

HAMLET, príncipe de Dinamarca, sobrino de Claudio e hijo del difunto rey Hamlet.
CLAUDIO, rey de Dinamarca.
POLONIO, Gran Chambelan.
HORACIO, amigo de Hamlet, bachiller y oficial de milicias nobles.
LAERTES, hijo de Polonia.

VOLTIMAND		
CORNELIO		
ROSENCRANTZ	}	Cortesanos.
GILDERSTERN		
OSRIC		

Un gentil hombre de cámara.
Un clérigo.
MARCELO, individuo de milicias nobles.

BERNARDO	íd.	íd.	íd.
FRANCISCO	íd.	íd.	íd.

Cómicos 1.°, 2.°, 3.° y 4.°
Dos marineros.
Sepulturero 1.°
Idem 2.°
Un criado.
TORTIMBRAS, príncipe de Noruega.
GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.
OFELIA, hija de Polonio.
La sombra del difunto rey Hamlet.
Caballeros damas, oficiales, soldados, ciudadanos sublevados, pajes y otros servidores, congregantes, curas, monaguillos' etc., etc.

La acción pasa en la ciudad de Elsenor, en Dinamarca y en sus cercanías.

NOTA.—Por una convención generalmente admitida, se hace pasar la acción a principios del 1500 (1)

(1) Así la pusieron en escena Tnveing, Rossi, Sully, Sarah Bernhardt y Garavaglio.



ACTO PRIMERO

Elsenor. Una explanada delante del Alcázar. Noche obscura, brillando débilmente la luna a intervalos.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO de centinela, paseándose solo, armado de partesana y espada. La campana del reloj da pausadamente las doce. Un momento después entra BERNARDO, igualmente armado, dirigiéndose a Francisco. Después HORACIO y MARCELO.

BER. ¿Quién va?

FRAN. ¡Eh! Respondedme vos a mí. ¡Alto! Decid: ¿quién sois?

BER. (Recatadamente en voz baja.) ¡Viva el Rey! (1)

FRAN. ¡Bernardo!

BER. El mismo. Acaba de dar la media noche. Vete, Francisco, vete a acostar.

FRAN. Gracias por el relevo. Hace un frío cruel y me siento desfallecido.

BER. ¿Ha sido tranquila tu guardia?

FRAN. Ni un ratón se ha movido.

BER. Está bien. Buenas noches. Si encuentras a Horacio y Marcelo, mis dos compañeros de guardia, ruégales que se den prisa.

FRAN. Me parece oirlos. ¡Alto! ¿Quién va?

(Entran HORACIO y MARCELO.)

(1) Este era el santo y seña.

HORA. Amigos de este país.

MAR. Vasallos del Rey de Dinamarca.

FRAN. Ea, buenas noches.

MAR. Adiós, bravo. ¿Quién te ha relevado?

FRAN. Bernardo ocupa mi puesto. Dios os guarde. (Vase.)

MAR. ¡Hola, Bernardo!

BER. ¡Horacio! ¿Eres tú?

HORA. En persona. (Dando la mano a Bernardo.)

BER. Bien venido, Horacio; bien venido, amigo Marcelo.

HORA. (Con sorna.) ¿Y qué tal? ¿Se ha aparecido otra vez aquello esta noche?

BER. Yo nada he visto.

MAR. Horacio está empeñado en que no es más que ilusión nuestra, esa espantosa aparición que hemos visto ya dos veces. Por este motivo le he instado a que se venga con nosotros a velar atentamente toda la noche.

HORA. ¡Quita, quita allá! ¡Qué ha de aparecer!

BER. Siéntate un rato y deja que te contemos lo que hemos presenciado ya dos noches distintas.

HORA. Vaya. pues, sentémonos, y a ver qué nos cuenta Bernardo.

BER. Esta última noche, cuando aquella misma estrella que se ve hacia el oeste del polo había ejecutado su carrera hasta iluminar la parte del cielo donde ahora brilla, Marcelo y yo, en el momento en que el reloj daba...

(Aparece la sombra del Rey Hamlet, armado de punta en blanco, revestido con un manto azul, llevando en la mano derecha el bastón de mando.)

MAR. ¡Chitón! No prosigas. Helo aquí. Ya sale otra vez.

BER. ¡Gran Dios! Parece el Rey difunto.

MAR. Háblale tú, que eres hombre de letras, Horacio.

BER. Fíjate bien, Horacio. ¿Verdad que se parece al Rey?

HORA. Tanto, que me produce pavor y asombro.

BER. Querrá que le hablen.

MAR. Pregúntale, Horacio.

HORA. (Avanzà unos pasos hacia la SOMBRA.) ¿Quién eres tú, que así usurpas a tal hora de la noche la forma augusta y guerrera con que en otro tiempo iba al frente de su ejército Su Magestad el sepultado Rey de Dinamarca? ¡Por el cielo te conjuro que hables!

MAR. Está ofendido.

BER. Ved: se aleja con paso altivo.

HORA. ¡Detente! ¡Habla, habla! ¡Te mando que hables! (Vase la SOMBRA.)

MAR. Se ha ido sin querer contestar.

BER. ¡Horacio! Parece que estás tembloroso y pálido. ¿Es esto una mera ilusión?

HORA. ¡Juro a Dios que nunca tal hubiera creído sin el fiel testimonio de mis propios ojos!

MAR. ¡Cómo se parece al Rey!

HORA. Como tú te pareces a ti mismo. Esta era la misma armadura que llevaba cuando peleó con el ambicioso Rey de Noruega; este mismo ceño puso cuando en una airada entrevista derribó de su trineo al Polaco, haciéndole rodar por el hielo. Es muy extraordinario.

MAR. Pues de la misma manera y a la misma hora, otras dos veces ha pasado majestuosa la sombra delante de nuestra guardia con ese paso marcial.

HORA. Yo no sé a punto fijo qué pensar de ello; más según vagamente alcanzo a conjeturar, augura esto una invasión extranjera en nuestro suelo.

MAR. Pues bien, sentémonos y que me diga quién lo sepa: ¿Por qué esa rigurosa y atenta vigilancia fatiga así todas las noches a la gente de esta nación? ¿Qué significa eso de fundir cada día cañones de bronce y ese acopio de pertrechos de guerra comprados en el extranjero? ¿A qué viene esa leva de calafates, cuya penosa labor no distingue

el domingo del resto de la semana? ¿Qué puede amenazarnos para que con febril actividad se haga de la noche día? ¿Quién puede explicármelo?

HORA. Yo, o al menos estos son los rumores que corren. Nuestro último Rey, cuya imagen se nos ha aparecido hace un instante, fué, como lo sabéis, retado a singular combate por Fortimbrás, de Noruega. En esta lid, nuestro valeroso Hamlet dió muerte a Fortimbrás, quien en virtud de un pacto sellado y plenamente ratificado por la ley y el fuero de caballería, al perder la vida dejaba al vencedor en posesión todas aquellas tierras sobre las cuales él tenía dominio. Por su parte nuestro Rey se comprometió a ceder una porción equivalente de territorio que debía pasar a poder de Fortimbrás, si éste hubiese salido triunfante, y ello fué que por este mismo convenio y a tenor de lo estipulado en el artículo en cuestión, los dominios de Noruega cayeron en poder de Hamlet. Y ahora Fortimbrás el hijo, fogoso y henchido de indómito valor, ha ido reclutando de aquí y de allá en las fronteras de Noruega una pandilla de aventureros resueltos a todo por la sola pitanza, para alguna empresa que requiere gran osadía, y que no es otra, como lo ha perfectamente comprendido nuestro gobierno, que venir a recobrar a mano armada las susodichas tierras que perdió su padre; y éste, en mi sentir, es el motivo principal de nuestros preparativos, la causa de estas guardias que venimos haciendo, y la verdadera razón de esa febril actividad y de ese bullicioso trastorno que observamos en todo el país.

BER. Creo lo que tú; y esto quizá explique por que esa visión se presenta armada en medio de nuestra guardia.

HORA. En la época en que Roma victoriosa había llegado al apogeo de sú esplendor, poco tiempo antes de sucumbir Julio César, las tumbas quedaron vacías, y los difuntos envueltos en sus mortajas discurrían por las calles de Roma, dando alaridos y extrañas voces. (Vuelve a aparecer la SOMBRA.) ¡Silencio! Mirad, ya está aquí otra vez. Voy a salirle al encuentro, aunque me hiera con su dañina influencia. ¡Detente fantasma! Si es que me oyes, y tienes uso de palabra, háblame. Si hay alguna buena obra por hacer que te reporte a ti un alivio y a mi la gracia celeste, háblame. Si eres sabedor de algun desastre que amenace la patria, que previéndolo, pueda evitarse, ¡habla! O si en vida depositaste en las entrañas de la tierra algun tesoro ilícitamente adquirido, por lo cual diz que vosotros, los espíritus, con frecuencia vagáis errantes después de la muerte, dímelo. (El gallo canta y al punto la SOMBRA se estremece y empieza a alejarse.) ¡Detente! ¡Habla! Ciérrale el paso, Marcelo.

MAR. ¿Le doy con mi partesana?

HORA. Hiérele, si rehusa pararse.

BER. ¡Aquí está!

HORA. ¡Aquí! (Vase la SOMBRA.)

MAR. ¡Se ha ido! Muy mal hemos obrado, siendo tan majestuoso, al hacerle tales demostraciones de violencia, puesto que es invulnerable como el aire y nuestros vanos golpes no son más que una burla cruel.

BER. Estaba a punto de hablar cuando ha cantado el gallo.

HORA. Y entonces se ha ido sobresaltado como un delincuente bajo el peso de un tremendo requerimiento. He oído contar que el gallo, que es el heraldo matutino, despierta al dios del día con su voz aguda y estridente, y que a esta señal los espíritus

que vagan errantes huyen presurosos a su región.

MAR. En efecto, ha desaparecido en el acto de cantar el gallo.

HORA. Así dicen. Mas la aurora ya va a apuntar. Terminemos nuestra guardia y vamos a comunicar al joven Hamlet lo que hemos presenciado esta noche, pues a fe mía creo que este fantasma, mudo como es para nosotros, pretende hablarle a él.

MAR. Sí; os ruego que así lo hagamos. Yo sé dónde podremos verle y hablarle a solas esta mañana. (Vanse.)

MUTACION

ESCENA II

Estrado en el alcázar de Elsenor. Entran el REY, la REINA, HAMLET, POLONIO LAERTES, VOLTIMAND CORNELIO, Caballeros y acompañamiento.

REY Bien que aun está vivo el recuerdo de la muerte de nuestro amado hermano y aunque cumpla a nosotros mantener en nuestro corazón la tristeza y a nuestro reino entero en el luto, sin embargo tanto y tanto ha luchado la razón con el sentimiento, que hoy pensamos ya en el finado con un pesar más discreto, no olvidándonos de nosotros mismos. Este es el motivo porque con una alegría malograda, por decirlo así, con un ojo risueño y el otro vertiendo lágrimas, con regocijo en los funerales y con cantos elegíacos en el himeneo, pesando en igual balanza el placer y el dolor, hemos tomado por esposa a la que antes fué nuestra hermana y es ahora nuestra reina, teniendo por derecho de viudedad la soberanía de esta brava nación. Y en esto no hemos contrariado vuestro superior criterio, que libre y espontáneamente se mos-

tró favorable a tal arreglo. Recibid por todo ello la expresión de mi agradecimiento. Y pasando ahora a otra cuestión; ya sabéis que Fortimbrás el joven no ha cesado de importunarnos con mensajes reclamando la entrega de aquellos territorios que, con todos los requisitos de la ley, abandonó su padre a nuestro muy valeroso hermano. En cuanto a nosotros, hemos escrito este despacho al rey de Noruega (tío del joven Fortimbrás), que hallándose postrado en cama apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino para que impida a éste llevarlos adelante. — Os confiamos a vos, mi buen Cornelio, y a vos, Voltimand, el encargo de transmitir al anciano Rey de Noruega, sin concederos en tales negociaciones con el Monarca otras facultades que las permitidas dentro de los límites de estas detalladas instrucciones. Adiós, y que vuestra diligencia realce vuestro celo en serviros.

COR. / VOLT. — En esto, como en todo, daremos pruebas de nuestro acatamiento.

REY — No lo dudamos. Recibid mi adiós más sincero.

(Vánse Cornelio y Voltimand.)

Y tú Laertes, dí, ¿qué se te ofrece? Me hablaste de cierta petición. ¿Cuál es, Laertes?

LAER. — Señor, deseo vuestro beneplácito y permiso para volver a Francia; pues si vine de allí gustoso a Dinamarca con el objeto de rendiros homenaje en el acto de vuestra coronación, debo ahora confesaros que una vez cumplido tal deber mis pensamientos y mis anhelos se tienden de nuevo a Francia, sometiéndose antes humildemente a vuestra generosa venia.

REY — ¿Cuentas ya con el consentimiento de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POL. — Señor, a fuerza de instancias y súplicas consiguió que le diera mi permiso. Os

ruego, pues, que le otorguéis licencia para partir.

REY — Parte cuando mejor te plazca, Laertes. El tiempo es tuyo; empléenlo tus mejores disposiciones en la medida de tu gusto. —Y ahora tú, Hamlet, deudo e hijo mío...

HAM. — (Aparte.) (Un poco más que deudo y un poco menos que hijo.)

REY — Dime, ¿qué tienes, que parece que obscuros nubarrones se ciernen sobre ti?

HAM. — Señor, no hay tal. Si estoy expuesto todo el día al sol.

REINA — Querido Hamlet, arroja de ti ese tinte sombrío y miren tus ojos como un amigo al Rey de Dinamarca. No estés incesantemente con los párpados abatidos buscando en el polvo a tu noble padre. Bien sabes que este es el fin de todos los mortales. Todo cuanto vive ha de morir, cruzando este mundo sólo para dirigirse a la eternidad!

HAM. — Ciertamente, señora, tal es la suerte común.

REINA — Puesto que es así ¿por qué parece afectarte de un modo tan particular?

HAM. — ¿*Parece* decís, señora? No. Es de veras. Yo no sé lo que es eso de apariencias. No es sólo mi negro manto ni el obligado traje de luto, ni los suspiros de una respiración ahogada, ni la expresión lánguida del semblante, a la par que todo el conjunto de formas, exteriorizaciones y muestras de dolor lo que puede revelar fielmente el estado de un ánimo. Todo esto en realidad es apariencia, puesto que son cosas que el hombre puede fingir, mientras que lo que yo siento en mi interior sobrepuja a todas las exterioridades, las cuales no vienen a ser más que ropajes del dolor.

REY — Es una bella acción que enaltece tus sentimientos, Hamlet, el rendir ese fúnebre tributo a tu padre. Mas debes considerar

que tu padre perdió a su padre, que éste perdió también el suyo, y que si el sobreviviente está obligado por una deuda filial a guardar durante cierto tiempo la tristeza propia del luto, empeñarse en una aflicción obstinada es proceder con impía terquedad que demuestra una voluntad rebelde a los cielos, un corazón débil, un ánimo poco resignado, una inteligencia limitada y sin cultura; pues ¿por qué con pueril oposición debemos tomar tan a pecho aquello que sabemos que necesariamente ha de suceder? Conjúrote, pues, que apartes de ti ese inútil desconsuelo y que me mires como a un padre, porque tú, sépalo todo el mundo, eres la persona más allegada a mi trono, y no es menos acendrado el amor que el más tierno padre profesa a su hijo que el que yo siento por ti. Respecto a tu intención de volver a la universidad de Witemberg, nada hay más opuesto a mis deseos, y te suplico que consientas en quedarte aquí, tú que eres el primero de mis cortesanos, sobrino e hijo mío.

REINA — ¡Haz que no sean vanas las súplicas de tu madre, Hamlet; quédate con nosotros; no te vayas a Witemberg, te lo ruego!

HAM. — Haré cuanto yo pueda por obedeceros, señora.

REY — Esa es una respuesta afectuosa y digna. Sé en Dinamarca cual yo mismo. — Venid, señora; esa noble y espontánea condescendencia de Hamlet llega sonriendo a mi corazón. En gracia a lo cual ningún festivo brindis echará en este día el soberano de Dinamarca sin que el potente cañón lo pregone a las nubes y sin que a cada libación del Rey los cielos resuenen con estrépito respondiendo al trueno de la tierra!

(Vánse todos, excepto Hamlet.)

ESCENA III

HAMLET, solo

HAM. ¡Ah! ¡Si esta carne pudiera derretirse y resolverse en rocío! ¡Si no hubiese establecido el Eterno su sagrada ley contra el suicidio! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán fastidiosas, insulsas y vanas me parecen todas las usanzas de este mundo! ¡Qué mezquindad! ¡Qué asco! El mundo es a manera de un vergel cubierto de maleza y de plantas espinosas; infectos reptiles se han enseñoreado de él por completo. ¡Que se haya llegado a un extremo tal! ¡Sólo hace dos meses que él murió! No, no tanto. ¡Ni dos meses siquiera! ¡Un Rey tan excelente comparado con este, era lo que Hiparión al lado de un sátiro; tan tierno y afectuoso para mi madre, que nunca sufriera que las auras del cielo llegaran con harta violencia a su rostro! ¡Rayo de Dios! Ella que se abrazaba al cuello de su esposo... en el espacio de un mes... ¡No quiero pensar en eso! ¡Fragilidad! ¡Tu nombre es de mujer! Un mes apenas, antes de estropearse el calzado que usaba ella al acompañar el cadáver de mi pobre padre, cual nube deshecha en llanto, ella, sí, ella misma, ¡oh, cielos!; una fiera, incapaz de raciocinio, hubiera expresado un dolor más duradero. ¡Ella enlazada con mi tío, con el hermano de mi padre, pero tan semejante a mi padre como yo a Hércules: en el espacio de un mes, aun antes que la sal de sus pérfides lágrimas hubiera cesado de enrojecer sus dolientes ojos, ella se desposaba de nuevo! ¡Qué precipitación más execrable! ¡Lanzarse con tal premura al tálamo incestuoso! ¡Oh! ¡Desgárrate, corazón mío, ya que forzosamente debo refrenar la lengua!

ESCENA IV

El mismo, HORACIO, MARCELO y BERNARDO

HORA. Guarde Dios a Vuestra Alteza.

HAM. Mucho celebro verte bueno, Horacio.

HORA. El mismo Alteza, y siempre vuestro humilde servidor.

HAM. Di más bien mi buen amigo, pues quiero tal título contigo cambiar. — ¿Y qué has venido a hacer aquí, lejos de Witemberg, Horacio? (Fijándose en Marcelo.) ¡Marcelo!

MAR. Mi buen señor.

HAM. Siento una viva satisfacción en verte. (A Horacio.) Pero, dime, ¿qué causa ha motivado tu regreso de Witemberg?

HORA. La inclinación a holgar, mi buen señor.

HAM. No sufriría yo que un enemigo tuyo tal dijera, ni podrías tú hacer que diera crédito a tu propia declaración contra ti mismo. Pero, dime, ¿qué asuntos tienes en Elsenor? Aquí te enseñaremos a beber como un tudesco, antes de tu partida.

HORA. Señor, vine para asistir a las exequias de vuestro padre.

HAM. ¡Ea, déjate de burlas, condiscípulo mío! Yo creo que ha sido para asistir a las bodas de mi madre.

HORA. No hay duda que éstas han venido poco después.

HAM. Cuestión de economía, Horacio, cuestión de economía. Los manjares calientes del banquete funerario surtieron, una vez hechos fiambres, la mesa nupcial. ¡Quisiera haberme encontrado en el cielo con mi más irreconciliable enemigo, antes que haber visto semejante día, Horacio! ¡Padre mío! ¡Paréceme que veo a mi padre!

HORA. ¿Dónde, señor?

HAM. Con los ojos del alma, Horacio.

HORA. Yo lo he visto ya. ¡Era todo un Rey!

HAM. Era un hombre, que considerado en todas y cada una de sus cualidades, no encontraré jamás quien le iguale.

HORA. Yo creo, señor, haberle visto anoche.

HAM. ¡Visto! ¿A quién?

HORA. Al Rey, vuestro padre, señor.

HAM. ¡Al Rey, mi padre!

HORA. Moderad por un instante vuestro asombro y prestadme atento oído, mientras yo, apoyado en el testimonio de estos señores, os hago una relación de tal prodigio.

HAM. ¡Habla, por Dios!

HORA. Dos noches consecutivas, hallándose de guardia estos dos señores, Marcelo y Bernardo, en la silenciosa y obscura soledad de la media noche, una figura idéntica a vuestro padre, armada de punta en blanco, se les apareció, y con un andar solemne pasó lenta y majestuosamente cerca de ellos; tres veces ha pasado ante sus ojos atónitos, mientras ellos, trémulos y anonadados de espanto, permanecían mudos, sin osar decirle una palabra. Esto es lo que me comunicaron con medroso misterio. La tercera noche fuíme con ellos a la guardia, y allí, exactamente a la misma hora y en la misma forma que me indicaron, presentóse la aparición. Reconocí a vuestro padre; no son más semejantes estas dos manos entre sí.

HAM. ¿Pero dónde ha ocurrido eso?

MAR. En la explanada donde hacíamos la guardia, señor.

HAM. ¿Y no le hablasteis?

HORA. Sí, le hablé, más no dió respuesta alguna. Con todo, parecióme una vez que levantaba la cabeza y que hacía un ademán como si se dispusiera a hablar; pero en aquel momento cantó el gallo, la sombra retrocedió precipitadamente y desapareció de nuestra vista.

HAM. ¡Gran Dios! ¡Qué extraordinario!

HORA. Tan cierto como estoy vivo, señor, esta es la pura verdad y hemos creído de nuestro deber informaros de ello.

HAM. A fe mía, señores, que eso me llena de turbación. ¿Estáis de guardia esta noche?

MAR.
BER. } Sí, Alteza.

HAM. ¿Iba armado, decís?

MAR.
BER. } Armado, señor.

HAM. ¿De pies a cabeza?

MAR. Desde la cabeza hasta la punta de los pies, señor.

HAM. Pues entonces no veríais su rostro.

HORA. ¡Oh, sí! Llevaba alzada la visera.

HAM. Decid: ¿tenía un aire ceñudo?

HORA. Su aspecto era más bien de tristeza que de enojo.

HAM. ¿Pálido o encendido?

HORA. ¡Oh! Extremadamente pálido.

HAM. ¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORA. Con la mayor insistencia.

HAM. Quisiera haberme encontrado allí.

HORA. ¡Os hubierais azorado!

HAM. Es probable... muy probable. ¿Estuvo mucho tiempo?

HORA. El que se necesita para contar despacio hasta ciento.

BER.
MAR. } ¡Más, más!

HORA. No estuvo más tiempo la vez que yo le vi.

HAM. Su barba era entrecana ¿no es eso?

HORA. Como yo se la había visto en vida: negra con algunas canas.

HAM. Quiero velar esta noche; acaso se aparecerá de nuevo.

HORA. Se aparecerá, os lo fío.

HAM. Si adopta la figura de mi noble padre yo he de hablarle aun cuando abra su boca el mismo infierno y con voz rugiente me mande callar. (Bajando la voz.) Una merced

os pido a todos... y es que si hasta ahora habéis guardado en secreto esa visión, sigáis teniéndola en silencio, y a cualquiera cosa que ocurra esta noche prestadle significación, pero no lengua. Yo sabré corresponder a vuestro afecto. Conque adiós; entre once y doce iré a veros a la explanada.

TODOS ¡Nuestros respetos a vuestra Alteza!

HAM. ¡No, vuestra amistad, como la mía a vosotros. ¡Adiós! (Vanse todos menos Hamlet.) La sombra de mi padre así armada, nada bueno significa. Sospecho alguna infamia. Quisiera ver llegada la noche. Hasta entonces, ¡queda en sosiego, alma mía! Las acciones criminales han de surgir a la vista de los hombres, aunque se hallen sepultadas en el fondo de la tierra! (Vase.)

ESCENA V

Salen LAERTES y OFELIA, hablando. Después, POLONIO.

LAER. Mi equipaje está embarcado ya. Adiós. Cuando sean favorables los vientos y haya disponible algún medio de comunicación, hermana mía, hazme saber nuevas de ti.

OFEL. ¿Puedes dudarlo?

LAER. Con respecto a Hamlet y sus frívolos agasajos, considéralo como un capricho efímero, y como devaneos de la juventud ardorosa; una violeta de la florida primavera de la existencia, precoz, pero no permanente; suave, pero no duradera; perfume que deleita un breve instante y nada más.

OFEL. ¿Nada más que eso? Aquí viene mi padre.

(Entra POLONIO.)

LAER. Una doble bendición es un doble beneficio.

POL. ¿Todavía aquí, Laertes? ¡A bordo, a bordo! ¡Qué vergüenza! El viento sopla a la popa

de tu nave y ya te está aguardando la gente. Abrázame y óyeme. (Poniéndole la mano sobre la cabeza.) ¡Adiós y que mi bendición haga fructificar a tí toda clase de bienes!

LAER. Con toda humildad me despido, señor.

POL. El tiempo apremia. Vete; tus criados te están aguardando.

LAER. Adiós, Ofelia. Recuerda bien lo que te he dicho.

OFEL. En mi memoria grabado queda.

LAER. ¡Adiós! (Vase.)

POL. ¿Qué es lo que te decía, Ofelia?

OFEL. Con vuestro perdón sea dicho, eran cosas referentes al príncipe Hamlet.

POL. ¡Ah! Por cierto que bien a propósito me lo recuerdas. Se me ha dicho que con harta frecuencia desde poco tiempo acá, te ha dedicado secretamente algunos ratos, y que tú a tu vez has sido en darle audiencia sobrado franca y generosa. Si esto es cierto, según me lo han hecho saber, por vía de aviso, debo advertirte que no has formado de ti misma un concepto tan cabal como cumple a mi hija y a tu decoro. ¿Qué hay entre vosotros? Confíame la verdad.

OFEL. Señor, desde algún tiempo a esta parte me ha hecho mil protestas y ofertas del amor que siente por mí.

POL. ¡Amor! ¡Habráse visto mayor desatino! Tú hablas como una muchacha inexperta que no ha pasado por el tamiz de tan peligrosas circunstancias. ¿Y crees tú en sus *ofertas*, como tú las llamas?

OFEL. No sé lo que debo pensar, señor.

POL. Pues voy a decírtelo. Piensa que eres una inocente que has tomado por buena moneda esas *ofertas* que no son de legítimo cuño. *Ofrécete* a ti propia en mayor estima o de lo contrario te *ofrecerás* a mi vista como una necia.

OFEL. Señor, él me ha requerido de amores con aire respetuoso.

POL. Ya lo creo; bien puedes llamarle aire a eso. ¡Quita, quita allá! No quiero que de ahora en adelante abuses de uno solo de tus momentos de ocio dirigiendo palabras al príncipe o platicando con él. Yo te lo ordeno. Ven.

OFEL. Obedeceré, señor. (Vanse)

MUTACION

ESCENA VI

La misma esplanada de la Escena I. Las ventanas del alcázar vivamente iluminadas se destàcan en la obscuridad. Entran HAMLET, HORACIO y MARCELO, embozados.

HAM. El aire se deja sentir de un modo vivo y penetrante. Hace mucho frío.

HORA. Sí, el aire es sutil y acerbo.

HAM. ¿Qué hora será?

HORA. Creo que falta poco para las doce.

MAR. No, han dado ya.

HORA. ¿De veras? No las he oído. Pues siendo así, se acerca el momento en que acostumbra aparecerse el fantasma. (Oyese lejano sonido de trompetas y una descarga de artillería.) ¿Qué significa eso, señor?

HAM. Esa noche la pasa el Rey en vela para celebrar una orgía, acompañada de abundantes libaciones y danzas desenfrenadas y a cada copa de vino del Rhin que apura, el tambor y el clarín lanzan esa especie de rebuznos proclamando el triunfo de su brutalidad.

HORA. ¿Y eso es una costumbre?

HAM. Cierto que sí. Costumbre es esa que es más decoroso el quebrantarla que el seguirla. Esas torpes bacanales son causa de que desde Oriente a Occidente las demás naciones nos traten de beodos. Motéjannos de marranos, y la verdad que tales excesos

quitan de nuestras proezas, por muy brillantes que sean, la gloria que por ellas merecemos. Una partícula de impureza echa a perder toda la masa de noble substancia que tenemos, rebajándola a su propia degradación. (Aparece la SOMBRA armada de punta en blanco.)

HORA. Mirad, señor, ya se aparece.

HAM. ¡Angeles y mediadores divinos, protegednos! (Dirigiéndose a la SOMBRA) Ya seas un alma justa o un espíritu condenado; ya vengas entre auras del cielo o ráfagas del infierno; ya sean malvados o piadosos tus designios, te presentas en una forma tan inexplicable que no puedo menos de hablarte. Sí, te quiero interpelar, Hamlet, rey, padre, Soberano de Dinamarca. ¡Oh! respóndeme. No permitas que estalle mi pecho en medio de la incertidumbre. Dime: ¿por qué tus benditos restos mortales han rasgado su fúnebre envoltura? ¿Por qué el sepulcro en el cual te vimos reposadamente depositado, se ha abierto para darte paso? ¿Qué puede significar eso de que tu cuerpo exánime, nuevamente revestido de acero, vuelva a ver los pálidos destellos de la luna?... ¿Por qué trastornas tan horriblemente todo nuestro ser con pensamientos que están fuera del alcance de nuestra inteligencia? Dime: ¿qué significa eso? ¿Qué es lo que quieres de nosotros? (La SOMBRA llama con una seña a Hamlet.)

HORA. Os hace señas de que os acerquéis, cual si deseara comunicaros algo a solas.

MAR. Ved con qué cortés ademán os llama a un sitio más apartado. ¡Pero no os vayáis con él!

HORA. No, en modo alguno.

HAM. Puesto que aquí no quiere hablar, fuerza es que le siga yo.

HORA. No hagáis tal, señor.

HAM. ¿Por qué no? ¿Qué motivos hay de temor?

Yo no aprecio mi vida en lo que vale un alfiler, y tocante a mi alma ¿qué podrá él hacerle, siendo como él mismo, una esencia inmortal? Otra vez me llama por señas. Quiero seguirle.

HORA. ¿Y si os atrae hacia las olas, señor, o hacia la espantosa cumbre de aquel despeñadero, y una vez allí adopta alguna otra forma horrenda que destruya en vos el imperio de la razón arrastrándoos a la locura? Meditadlo bien. Aquel sitio, por sí solo, puede sugerir extrañas ideas en el cerebro de cualquiera que contemple el Océano desde tal altura y le oiga bramar debajo de sus pies.

HAM. Insiste en llamarme. (A la SOMBRA.) ¡Adelante! Voy a seguirte.

MAR. (Sujetando a Hamlet.) ¡No iréis, señor!

HAM. (Forcejeando para desasirse.) ¡Fuera esas manos!

HORA. (Sujetando también al Príncipe.) ¡Deteneos! ¡No debéis ir!

HAM. (Con exaltación.) Mi destino me llama a voces y vuelve la más tenue fibra de mi cuerpo tan potente como los nervios del león de Nemea. (La SOMBRA repite la seña.) ¡Todavía me llama! ¡Soltadme, señores! (Arráncase de los brazos de Horacio y Marcelo, y se hace unos pasos atrás, al tiempo que desenvaina la espada.) ¡Vive Dios, que a quién me estorbe el paso hago de él un alma del otro mundo!... ¡Atrás digo! (A la SOMBRA, con voz respetuosa.) ¡En marcha! ¡Allá voy en pos de ti!

(Vanse la SOMBRA y Hamlet.)

HORA. Su imaginación le exalta

MAR. Sigamos sus pasos. No es razón que le obedezcamos así.

HORA. Vayamos tras él. ¿En qué vendrá a parar todo eso?

MAR. Algo siniestro ocurre en el reino de Dinamarca.

HORA. El cielo se encargará de revelarlo.

MAR. ¡Sigamos al Príncipe! (Vanse.)

MUTACION

ESCENA VII

Una parte más lejana de la explanada del alcázar.
Entran la SOMBRA y HAMLET

HAM. ¿A dónde intentas conducirme? Habla; no doy un paso más.

SOM. (Pausadamente y con voz monótona.) ¡Atiéndeme!

HAM. Eso haré.

SOM. Cercana está la hora en que debo restituirme a las atormentadoras llamas.

HAM. ¡Oh, alma desdichada!

SOM. No me compadezcas; presta sí, una profunda atención a lo que voy a revelarte.

HAM. Habla, pronto estoy a oirte.

SOM. ¿Y también a vengar cuando oirás?...

HAM. ¿Qué?

SOM. Yo soy el alma de tu padre, que está condenada por cierto tiempo a andar errante de noche y de día a purgar en el seno de las llamas, hasta que se hayan consumido y borrado las culpas que cometí durante los días de mi vida mortal. ¡Escucha, Hamlet, escucha! Si tú amaste alguna vez a tu afectuoso padre...

HAM. ¡Oh, Dios!

SOM. ...Toma venganza de su aleve y monstruoso asesinato!

HAM. ¡Asesinato!

SOM. ¡Sí, un asesinato horrible como lo es siempre tal crimen, pero éste fué el más horrendo, inaudito y monstruoso!

HAM. ¡Contádmelo al punto, para que con alas tan veloces como la fantasía vuele yo a la venganza!

SOM. Más apático serías que la impasible hierba que arraiga tranquilamente en las orillas del Leteo si no te conmovieras al oir esto. Así, pues, oye, Hamlet: esparcióse el rumor de que estando yo dormido en mi jardín, me mordió una víbora, y así engañóse a Dinamarca entera, hijo mío; pero debes

saber ¡oh tú, noble príncipe! que la víbora que quitó la vida a tu padre ciñe actualmente su corona.

HAM. ¡Ah, me lo anunciaba mi corazón! ¡Mi tío!

SOM. Sí, ese monstruo incestuoso y adúltero, ayudado de sus pérfidas trazas, rindió a su torpe lascivia la voluntad de la Reina, que tan extremadamente virtuosa parecía. ¡Oh, Hamlet, qué degradación fué la suya! De mi amor, que siempre se mantuvo fiel a los votos que hice al desposarme con ella, rebajarse hasta el de un miserable, cuyas prendas naturales tan mezquinas eran en comparación de las mías! Mas paréceme sentir la brisa de la mañana. Permíteme que sea breve. Durmiendo, pues, en mi jardín, y cuando más confiado me hallaba, tu tío vino furtivamente hacia mí con un pomito lleno de zumo del beleño, y dejó caer en la cavidad de mi oido el destilado licor que causa la lepra. Sentí que el mal invadía mi delicada carne cubriéndola toda ella de una costra repugnante y asquerosa. Así fué como yo, mientras estaba sumido en el sueño, quedéme a la vez privado por una mano fraternal, de vida, corona y esposa. Segado en plena florescencia de mis pecados, sin Viático ni santos óleos, sin preparación alguna y sin haber arreglado mis cuentas, fuí mandado al Tribunal Divino pesando sobre mi cabeza todas mis imperfecciones que ahora estoy purgando. Si tienes sentimientos de hijo, no permitas que el tálamo real de Dinamarca se convierta en lecho de lujuria y de criminal incesto. Pero cualquiera que sea el rumbo que sigas en esta empresa, no intentes nada contra tu madre ni la procures daño alguno; abandónala al cielo, y a aquellas espinas que anidan en su pecho para herirla y atormentarla. Y ahora, adiós. La luciérnaga que empieza a amortiguarse, in-

dica que se acerca el alba. ¡Adiós, adiós! ¡Adiós, Hamlet! ¡Acuérdate de mí! (*Vase la* SOMBRA.)

HAM. ¡Oh, vosotras todas, legiones celestes! ¡Oh, tierra! ¡Oh, infierno! ¡Qué horror! ¡Tente, tente, corazón mío! ¡Y vosotros, mis nervios, no caduquéis ni un momento! Mantenedme firme!—¿Qué me acuerde de ti?—¡Sí, alma desventurada, mientras la memoria tenga un sitio en este trastornado entendimiento!... (*Tócase la cabeza.*) ¡Que me acuerde de ti! Sí, he de borrar del registro de mi memoria todos los recuerdos vacíos y triviales, todas las formas, todas las impresiones pasadas que en él han estampado la juventud y la observación. Tan sólo tu mandato vivirá sin mezcla de escoria alguna en las páginas del libro de mi cerebro. ¡Sí, à Dios lo juro! ¡Oh, tú, la más inicua de las mujeres!... ¡Oh, tú, criminal infame!... ¡Ah! Bueno será fijar bien en mi memoria que puede uno sonreir y ser malvado... ya que, por lo menos, seguro estoy de que tal puede suceder en Dinamarca.

SOM. (*A lo lejos.*) ¡Acuérdate de mí! ¡Adiós! ¡Adiós!

HAM. ¡Lo he jurado! ¡Sí, padre mío! ¡Te vengaré!

HORA. (*Dentro.*) ¡Señor! ¡Señor!

MAR. (*Llegando.*) ¡Príncipe Hamlet!

HORA. ¡El cielo te guarde!

HAM. ¡Así sea!

HORA. ¡Eh, señor!

HAM. ¡Hola! ¡Venid, amigos míos, venid!

ESCENA VIII

HAMLET, HORACIO y MARCELO.

MAR. ¿Qué tal, mi noble señor?

HORA. Alteza, ¿qué nuevas hay?

HAM. ¡Oh, estupendas!

HORA. Explicaos, mi buen señor.

HAM. ¿No lo divulgaréis?

HORA. Yo, no, señor.
MAR. Ni yo, Alteza.
HAM. ¿Guardaréis el secreto?
HORA. } MAR. } ¡Sí, lo juro por el Cielo!
HAM. No hay en Dinamarca un infame... ¡Mas, no! Reprimid la curiosidad y respetadme el secreto de lo que me ha dicho la sombra. ¡Esto, sólo a mí me toca! Mis buenos amigos: como amigos míos que sois y además compañeros de estudios y de armas, hacedme una pequeña merced.
HORA. Señor, no tenéis más que hablar.
HAM. No deis nunca a conocer lo que habéis visto esta noche.
HORA. } MAR. } Así lo haremos, Alteza.
HAM. Bien está, mas ¡juradlo!
HORA. Os doy palabra de honor de que nada diré.
MAR. Ni yo, señor; os doy mi palabra.
HAM. ¡Juradlo sobre esta espada! (Desenvainando la suya y les presenta la cruz de la empuñadura.)
MAR. Señor, lo hemos jurado ya.
HAM. ¡Pardiez, sobre mi espada, digo!
SOM. (Bajo tierra, con voz cavernosa.) ¡Jurad!
HAM. (Después de un momento de turbación, se repone diciendo lo que sigue con risa forzada.) ¡Hola, hola, amigo! ¿Eres tú quién eso dice? ¿Ya estás aquí otra vez? ¡Adelante! Ya oís lo que os grita el que ahora está en los sótanos. ¡Consentid en jurar!
HORA. Proponed vos el juramento, señor.
HAM. No hablar jamás de eso que habéis visto. ¡Juradlo sobre mi espada.
SOM. (Bajo tierra.) ¡Jurad sobre su espada!
HAM. (Volviéndose en dirección de la voz subterránea.) *¡Hic et ubique!* (1) (Ponen la mano sobre la cruz de la espada.) Pues entonces vamos a mudar de sitio. (Cambian de lugar.) Llegaos acá, seño-

---

(1) Este juramento en latín «Aquí y todas partes» se hacía repitiéndolo tres veces en tres lugares distintos.

res, y poned otra vez vuestras manos sobre mi espada. ¡No hablar jamás de eso que habéis oído!

SOM. ¡Jurad!

HORA. ¡Por vida de... ¡Todo esto es prodigiosamente extraño!

HAM. Pues por lo mismo, como a un extraño darle acogida. Hay en el cielo y en la tierra, Horacio, más cosas de las que haya podido soñar tu filosofía. Pero venid acá, jurad como antes, y así el cielo os ayude, que por muy raro y estravagante que sea mi modo de proceder —puesto que es muy posible que en lo sucesivo estime yo más oportuno efectuar unas maneras muy disparatadas—. Jurad, os digo, que al verme en semejantes casos, en que profiera frases enigmáticas daréis nunca a entender que sabéis algo acerca de mí. Jurad que nada de eso haréis, y así la gracia y misericordia de Dios os asistan en vuestras tribulaciones. ¡Jurad!

(Cambian de sitio y vuelven a poner la mano sobre la cruz de la espada de Hamlet que se la presenta de nuevo.)

SOM. (Subterráneo.) ¡Jurad!

HAM. Sosiégate, alma en pena, sosiégate. (Horacio y Marcelo juran.)

HORA.
MAR. } ¡Juramos!

HAM. Ahora, amigos míos, decid lo que Hamlet puede hacer para daros pruebas de su estimación y amistad. Retirémonos juntos y tened siempre, os lo ruego, el dedo en los labios. Nuestro siglo está desconcertado. ¡Oh! Maldita suerte la mía, que haya nacido yo para ponerlo en orden. ¡Ea, venid y salgamos todos! (Vanse.)

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Un salón del alcázar.

ESCENA PRIMERA

El REY, la REINA, ROSENCRANTZ, GILDERSTEN y acompañamiento. Después POLONIO y más tarde CORNELIO y VOLTIMAND.

REY Sed bienvenidos, mis estimados Rosengrantz y Gildersten. La necesidad que tengo de vuestros servicios me ha impulsado a llamaros con premura. Algo habréis oído de la transformación operada en Hamlet. Ni en su exterior ni en su interior se parece ahora a lo que era antes, y fuera de la muerte de su padre, no puedo yo imaginar qué debe de ser lo que así le ha puesto tan inconsciente de sí mismo. Os ruego, pues, a entrambos que os habéis criado con él desde muchachos, os dignéis permanecer aquí en la corte por breve tiempo a fin de distraerle con vuestra compañía, aprovechando todos los indicios que la casualidad os depare para poner en claro qué causa desconocida pueda haberle así trastornado, la cual, una vez descubierta, podamos aplicar remedio.

REINA Buenos caballeros, mucho ha hablado de vosotros el Príncipe, y tengo la seguridad de que no existen dos hombres en el mundo a quienes profese más afecto. Si dándonos pruebas de vuestra fineza y buena voluntad tenéis a bien pasar algún tiempo con nosotros a fin de alentar mis esperanzas y contribuir a su realización, vuestra presencia os valdrá tales muestras de gratitud cual corresponde al reconocimiento de un Rey.

RCS. Vuestras Majestades pueden expresar sus deseos más bien como un mandato que como una súplica.

GILD. Estamos prontos a obedeceros, y en este punto nos ofrecemos, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, a poner incondicionalmente a vuestros pies nuestros servicios para lo que gustéis mandarnos.

REY Gracias, caballero Rosencrantz, y noble Gildersten.

REINA Os lo agradezco Gildersten y Rosencrantz, y os suplico con el mayor encarecimiento que visitéis a mi transtornado hijo. (Al acompañamiento). Id algunos de vosotros a acompañar estos hidalgos adonde Hamlet se halla.

GILD. ¡Permitan los cielos que nuestra presencia y nuestras atenciones sean gratas y provechosas para él!

REINA ¡Dios lo quiera! (Vanse Rosencrantz, Gildersten y algunas personas del acompañamiento. Entra Polonio.)

POL. ¡Albricias, señor! Los embajadores han vuelto de Noruega muy complacidos.

REY ¡Siempre has sido tú portador de faustas nuevas!

POL. (Inclinándose.) ¿De veras, señor? ¡Mi buen soberano, os consagro mi celo, como consagro mi alma al servicio de Dios! (Aparte a Claudio.) (Creo haber dado con la verdadera causa de la locura de Hamlet.)

REY ¡Oh, habla! Impaciente estoy por saberla.

POL. Servíos antes dar audiencia a los embajadores. Mis nuevas serán los postres de tan espléndido festín.

REY Hazles tú mismo los honores e introdúcelos. (Vase Polonio.) Me estaba diciendo, amada Gertrudis, que ha descubierto el origen y la causa de toda esa perturbación mental de vuestro hijo.

REINA Dudo que la principal razón de ello sea otra que la muerte de su padre, y nuestro precipitado enlace.

REY Bien, ya lo examinaremos con detención. (Entra de nuevo Polonio acompañando a Cornelio y a Voltimand,) Sed bien venidos, mis buenos amigos. Dime tú, Voltimand, ¿qué nos traes de parte de nuestro hermano de Noruega?

VOLT. Los más expresivos saludos y los votos que él os devuelve cordialmente. En cuanto le expusimos nuestra demanda, dió orden de suspender los armamentos que estaba haciendo su sobrino y que él juzgaba como preparativos contra los Polacos, pero que después de maduro examen echó de ver que real y verdaderamen iban dirigidos contra Vuestra Majestad, y sintiéndose agraviado al considerar que de tal suerte se burlaban de sus achaques, dió orden de arresto contra Fortimbrás, el cual la acató sin tardanza después de sufrir las reprensiones del rey de Noruega, prometiendo formalmente a su tío que nunca más intentará hacer armas contra Vuestra Majestad. En vista de lo cual, el anciano monarca dióle amplias facultades para utilizar contra los Polacos aquellos soldados que así había reclutado. Asimismo os traigo una petición que aquí viene más extensamente expresada (Entregándole un pliego) rogándoos que para tal empresa tengáis a bien concederle franco paso por vuestros dominios

bajo las condiciones de garantía y seguridad que aquí se consignan.

REY No me parece mal. Lo leeremos despacio para reflexionarlo mejor, y daremos una contestación después de estudiar tal asunto. Mientras tanto, os damos gracias por el acierto con que habéis desempeñado vuestro cometido. Idos a descansar; esta noche nos acompañaréis al banquete. Recibid nuestra enhorabuena por vuestro feliz regreso. (Vanse Voltimand y Cornelio, saludando.)

POL. Este asunto queda satisfactoriamente resuelto. Soberano, y vos, mi señora, la brevedad es el alma del talento y la prolijidad constituye los adornos exteriores. Quiero ser breve. Vuestro augusto hijo está loco, si atendemos a las definiciones que se han dado de la locura, y que...

REINA Más substancia y menos retóricas.

POL. Os juro, señora, que yo no gasto retórica alguna. Que él está loco, es una verdad; es verdad que esto es una lástima y lástima es que esto sea verdad. Ahora queda por averiguar la causa de este efecto, o mejor diré, de este defecto y hélo aquí: Yo tengo una hija, la cual, cumpliendo con sus deberes de obediencia, me ha entregado esto. (Saca un billete y lo lee.) «¡Al ídolo celestial de mi alma, a la supremamente agraciada Ofelia! En su magnífico y blanco seno estas líneas...»

REY No prosigáis. Es un billete amoroso.

REINA (Con extrañeza,) ¿Y eso ha recibido ella de Hamlet?

POL. Además de este y otros billetes, me ha comunicado en confianza las solicitaciones del Príncipe, con todos los detalles de hora, medios y lugar.

REY Pero, ¿cómo ha acogido ella su amor?

POL. ¿En qué concepto me tenéis, señor?

REY En el de un hombre leal y honrado.

POL. Y no os equivocáis, señor. Fui derecho al asunto, y amonesté así a mi hija:—«Su Alteza Hamlet es un Príncipe, no pertenece a tu esfera, eso debes quitártelo de la cabeza.» Y acto seguido le dí orden terminante de que se negara a recibir sus visitas, que no admitiera mensajes ni aceptara presente alguno. Ella obedeció, y él, viéndose desdeñado, cayó en una profunda melancolía que le ha sumido en la locura que actualmente todos deploramos.

REY ¿Creeis que sea eso?

REINA Puede ser, es muy probable.

POL. ¿Ha sucedido alguna vez que yo haya dicho rotundamente: *Esto es esto* y resultar luego lo contrario?

REY Nunca que yo sepa.

POL. Pues si esto es otra cosa, separad esto de esto. (Señalando sucesivamente su cabeza y sus hombros.) Con tal que las circunstancias me ayuden yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, así estuviera escondida en el centro de la tierra.

REY ¡Y no habría algún medio para averiguarlo mejor!

POL. Bien sabéis que él se pasea algunas veces cuatro horas seguidas por esa galería.

REINA Así es en efecto.

POL. En una de estas ocasiones yo dejaré a mi hija en libertad con él; luego vos y yo nos colocamos detrás de los tapices y observaremos el encuentro. Si él no la ama, y no es esta la causa de que haya perdido la razón, ceso yo en el cargo que desempeño en la corte y mandadme a un cortijo a cuidar de las tierras y de las yuntas.

REY Haremos la prueba. (Aparece Hamlet en la puerta leyendo en un libro y avanzando con lentitud.)

REINA Pero ved, aquí viene triste y leyendo el pobre desventurado.

POL. Retiraos los dos, retiraos por favor. Voy a hablarle ahora mismo. (Vanse el Rey, la Reina y

el acompañamiento.) Perdonad. ¿Cómo estáis Príncipe mío?

HAM. Bien, a Dios gracias.

POL. ¿Me conocéis, señor?

HAM. Vaya si os conozco; sois un pescadero.

POL. ¿Yo? os engañáis, Alteza.

HAM. Pues ¡ojalá fueséis vos un hombre tan honrado!

POL. ¡Honrado, señor!

HAM. Si amigo. Ser honrado—según anda hoy el mundo,—equivale a ser escogido uno entre diez mil.

POL. Esto es muy cierto, señor.

HAM. Porque si el sol engendra gusanos en un perro muerto, besando la carroña, con todo y ser un dios... ¿Tenéis una hija?

POL. Sí, una tengo, señor.

HAM. Pues no la dejéis andar al sol. La concepción es un beneficio del cielo, pero (con sonrisa maliciosa) tocante a la manera como vuestra hija podría concebir... mucho ojo, amigo mío!

POL. (Aparte.) (¿Qué querrá decir con esto? ¡Y vuelta con mi hija! Y sin embargo no me ha conocido; me toma por un pescadero. ¡Está loco rematado! Y el caso es que yo en mis mocedades, pasé también los mayores transtornos a causa del amor, y en un tris estuvo que llegara yo a tal extremo. Voy a hablarle otra vez.) (Alto.) ¿Qué estáis leyendo, señor?

HAM. ¡Palabras, palabras, palabras!

POL. ¿Y de qué se trata Alteza?

HAM. ¿Entre quiénes?

POL. Quiero decir de qué trata lo que estáis leyendo.

HAM. ¡Calumnias, amigo mío, calumnias! Mirad, este truhán de satírico, dice aquí que los viejos tienen la barba gris, que su rostro está lleno de arrugas, que sus ojos destilan goma de ciruelo, y que adolecen de falta de seso, y de gran flojedad en las curvas;

todo lo cual amigo mío, aunque yo lo creo, encuentro muy feo, que lo escriba así en estos términos, porque vos mismo vendríais a tener mi edad si pudieséis andar hacia atrás, como los cangrejos.

POL. (Aparte.) (A pesar de que todo ello es un desatino, no deja de haber hilación en lo que dice.) (Alto.) ¿Queréis pasearos al abrigo del aire, señor?

HAM. ¿Dentro de mi tumba?

POL. ¡Allí si que no da el aire! (Aparte.) (¡Qué ingeniosas son a veces sus respuestas!) Ocurrencias felices que suele tener la locura, y que la sana razón y la lucidez no podrían soltar con tanta suerte. Voy a dejarle, y combinar los medios para que se encuentren con mi hija. (Alto.) Mi respetable señor, humildemente tomo de vuestra alteza licencia para salir.

HAM. Amigo mío, no podéis tomar de mí cosa alguna que quiera yo concederos de más buena gana, excepto mi vida, excepto mi vida... excepto mi vida.

POL. Quedad con Dios, Alteza.

HAM. ¡Qué fastidiosos son esos viejos mentecatos! (Entran Rosengrantz y Guildenstern.)

POL. ¿Buscáis al Príncipe Hamlet? Aqui está.

ROS. (A Polonio.) Dios os guarde, señor. (Vase Polonio.)

GILD. ¡Mi respetable señor!

ROS. ¡Mi queridísimo Príncipe!

HAM. ¡Oh, mis buenos compañeros! ¿Cómo te va, Gilderstern? ¡Hola, Rosengrantz! ¿Qué tal?

ROS. Como los hijos de familia que disfrutan de una mediana posición.

GILD. Felices en el concepto de que no somos demasiado felices. No llegamos a ser el remate del tocado de la Fortuna.

HAM. ¿Ni las suelas de su calzado?

ROS. Tampoco, señor.

HAM. Pues entonces os halláis en las inmediaciones de su cintura, o sea en el centro de sus favores.

GILD. Cierto es que en parte, gozamos de su privanza.

HAM. ¿En las partes secretas de la Fortuna? ¡Es una ramera! ¿Y qué hay de nuevo?

ROS. Nada, señor, si no es que el mundo se ha vuelto honrado.

HAM. Pues entonces está próximo el día del Juicio. ¡Pero tal noticia no es cierta! Dejad que os pregunte ¿qué le habéis hecho a la Fortuna, para merecer de ella que os mande a esta cárcel?

GILD. ¿A esta cárcel, señor?

HAM. ¡Dinamarca es una cárcel!

ROS. En tal caso, el mundo lo será también.

HAM. ¡Vaya! Y que no deja nada que desear. En ella hay numerosas celdas, calabozos y mazmorras, siendo Dinamarca una de las peores.

ROS. No lo creemos nosotros así, Alteza.

HAM. ¡Ya! Eso será que para vosotros no lo es, porque no hay ninguna cosa buena ni mala si el pensamiento no la hace tal. Para mí es una prisión.

ROS. Entonces, será que vuestra ambición os hace creer que lo sea. Dinamarca es sobrado reducida para vuestras aspiraciones.

HAM. ¡Dios mío! Podría estar yo encerrado en una cáscara de nuez, creyéndome rey del espacio infinito, si no fuera por los malos sueños que tengo.

GILD. Sueños que en realidad no serán más que de ambición.

HAM. ¡El sueño en sí, no es otra cosa que una sombra!

ROS. ¡Cierto y yo considero que la ambición es tan ácrea y tan liviana de calidad, que para mí no es más que la sombra de una sombra!

HAM. En ese caso, los pordioseros serán cuerpos, y vuestros monarcas y héroes, serán la sombra de los pordioseros. Ea, vámonos a la corte si os parece, porque francamente no está mi cabeza para cavilar.

ROS. / GILD. } Estaremos a vuestras órdenes.

HAM. No, nada de eso. No quiero poneros al nivel de mis demás criados, porque hablándoos como hombre sincero, me sirven de una manera infernal. Pero apelando a nuestra antigua amistad, ¿qué habéis venido a hacer a Elensor?

ROS. Hemos venido a veros, Alteza, y nada más.

HAM. Mísero como soy, hasta soy pobre en demostraros mi gratitud; no obstante, os quedo muy agradecido y os puedo asegurar, amigos queridos, que aun a medio penique, mis gracias son demasiado bien pagadas. Decidme ¿os han mandado venir, o habéis venido por vuestra propia voluntad? ¿Es esta una visita espontánea? Ea, tratadme con franqueza. Vamos, hablad.

GILD. ¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAM. Pues cualquier cosa, pero que venga a cuento. Vosotros habéis sido enviados. Hay en vuestra mirada una especie de confesión, que vuestra tímida reserva no tiene maña para disimular. Comprendo que el bueno del Rey y la buena de la Reina, os han enviado.

ROS. ¿A qué fin, señor?

HAM. Eso vosotros debéis explicármelo. Pero permitidme os ruegue muy encarecidamente, que seáis sinceros y francos conmigo, diciéndome si habéis sido enviados o no.

ROS. (Aparte a Gildenston.) (¿Qué decís vos a eso?)

HAM. (Aparte.) (¡Cuidado, no hay que quitarles la vista de encima!) Si me tenéis voluntad, no me ocultéis nada.

GILD. Señor... Nos han hecho venir.

HAM. Voy a deciros el porqué, y anticipándome así, me adelantaré a vuestra confesión, con lo cual quedará incólume el secreto que habéis prometido al Rey y a la Reina. Desde poco tiempo a esta parte, sin que

yo comprendá la razón, he perdido por completo la alegría, he abandonado todos mis habituales ejercicios y a decir verdad, ello me ha puesto de un humor tan sombrío, que ésta admirable creación, la tierra, me parece un estéril promontorio, ese dosel magnífico de los cielos, ese espléndido firmamento que véis suspendido sobre nosotros, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro, todo eso no me parece más que una abominable y pestilente aglomeración de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! ¡Cuán maravilloso y proporcionado en su forma y en sus movimientos! Por sus acciones ¡cuán parecido es a un angel! Por su inteligencia ¡cuánto se asemeja a un dios! ¡La maravilla del mundo, el tipo más perfecto de los seres animados! Y sin embargo, ¿qué es para mí esa quinta esencia del polvo?... No me place el hombre, no, ni la mujer tampoco, por más que con vuestra sonrisa parezcáis decir que sí.

ROS. Señor, no pensaba yo tal cosa.

HAM. ¿Pues de qué te reías cuando he dicho que el hombre no me place?

ROS. De pensar que si no encontráis placer en el hombre, ¡vaya una acogida mas fría y mezquina recibirán de Vüestra Alteza los cómicos que hemos encontrado en el camino y que se dirigen hacia aquí para ofrecerós sus servicios.

HAM. El que hace de Rey será bienvenido. Su Majestad recibirá de mi su correspondiente tributo; el caballero dado a las aventuras lucirá su espada y su broquel; el galán no suspirará en balde; el fanfarrón terminará pacíficamente su papel; el gracioso hará reir a aquellos que tienen puestos los pulmones en el disparadero, y la dama expresará sin reserva sus sentimientos, o de

lo contrario cojeará el verso por tal motivo. ¿Qué cómicos son esos?

ROS. Aquellos mismos que tanto solían agradaros. Los trágicos de la ciudad.

GILD. Ya tenemos aquí los cómicos. (Suenan trompetas.)

HAM. Amigos, sed bien venidos a Elsenor. Vengan esas manos. Compañeras de una buena acogida son la cortesía y la etiqueta. Permitidme, pues, que yo cumpla con vosotros en tal forma; no sea que el recibimiento que haga yo a los cómicos,—que os advierto que ha de revestir una honrosa ostentación;—parezca sobrepujar al que os dispenso a vosotros. Bienvenidos seáis. Pero mi tío-padre y mi tía-madre andan muy equivocados.

GILD. ¿En qué, mi querido Príncipe?

HAM. Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nordeste; cuando el viento es del mediodía, sé distinguir muy bien un halcón de de una garza. (Entra POLONIO.)

POL. Muchas felicidades, señor.

HAM. (Bajando la voz.) Oye tú, Gildenston. (Idem a Rosencrantz.) Y tú tambien: un oyente a cada oreja. Ese nene grandullón que véis ahí, aún está en mantillas.

ROS. O acaso ha vuelto a ellas, porque según se dice el viejo es dos veces niño.

HAM. Me parece que viene a hablarme de los cómicos. ¡Ojo! (Haciendo una seña a sus dos interlocutores y cambiando de tono.) Sí, amigos míos; tenéis mucha razón, eso fué el lunes por la mañana, sí por cierto.

POL. Señor, tengo nuevas que anunciaros.

HAM. (Imitando la voz y ademanes de Polonio.) Señor, tengo nuevas que anunciaros. (En tono declamatorio.) «Cuando Roscio era actor en Roma»...

POL. Los actores han llegado ya, Príncipe.

HAM. ¡Ved con qué nos sale!

POL. ¡Palabra de honor!

HAM. (En igual tono declamatorio.)
«Cada actor llegó entonces
montado en su borrico...!»

POL. Son los más excelentes actores del mundo, tanto en la tragedia como en la comedia, en el drama histórico, pastoral, pastoral cómico, histórico pastoral, escena indivisible, o poema ilimitado. Con ellos Séneca no puede ser harto grave, ni Plauto harto ligero. Para recitar lo que está escrito en regla, y a la vez para el género libre no hay otros como ellos.

HAM. (Exabrupto y con entonación dramática.) «¡Oh, Jefté, oh, Jefté, juez de Israel, qué tesoro teníasl»

POL. Qué tesoro tenía, señor.

HAM. Pues,
«Una hija muy hermosa
a quién amó con tierno frenesí.»

POL. (¡Dale que dale! Siempre con mi hija.)

HAM. ¿No tengo razón, viejo Jefté!

POL. Ya que me llamáis Jefté, señor, una hija tengo a quién amo estremadamente.

HAM. ¡No! No es eso lo que sigue.

POL. ¿Pues qué sigue, Príncipe mio?

HAM. Ahora la vais a ver:
«Y por infausta suerte, Dios lo sabe.»
Y luego ya sabéis...
«Ocurrió lo que estaba en lo posible,
como era de temer...».
La primera columna de esta piadosa balada, os enseñará algunas cosas más porque mirad, aquí vienen los que abrevian el tiempo y me hacen ser breve a mí.

ESCENA II

HAMLET, POLONIO Y CÓMICOS

HAM. ¡Bienvenidos señores, bienvenidos todos! ¡Cuánto me alegro de veros! Bienvenidos

seáis, mis buenos camaradas. (A Polonio.) Mi buen amigo, cuidaréis de que los cómicos estén bien aposentados! Haced que los agasajen con esmero, ¿lo oís? porque son el compendio y breve crónica de los tiempos. Más os valdría un mal epitafio para después de vuestra muerte que sus maliciosos dichos durante la vida.

POL. Señor, los trataré conforme a sus merecimientos.

HAM. ¡Cuerpo de tal! Mucho mejor, hombre. Si dáis a cada uno el trato que se merece, ¿quién se libraría de una tanda de azotes? No; tratadlos según vuestro propio honor y dignidad, y así, cuanto menos lo merezcan ellos, tanto más mérito habrá en vuestra largueza. Acompañadles.

POL. Venid, señores.

HAM. Seguidle, amigos. Mañana habrá función. (Vase Polonio con todos los cómicos excepto el cómico 1.º) Oye, amigo: (Llevándoselo aparte.) ¿No podrías representar *El asesinato de Gonzago?*

COM. 1.º Sin duda, señor.

HAM. Pues se representará mañana por la noche. ¿Podrías, si necesario fuere, estudiar una relación de unos doce o diez y seis versos, que yo escribiría e intercalaríaen dicha pieza, es verdad?

COM. 1.º Sí, señor.

HAM. Muy bien. Vete con aquel señor y cuidado con hacer burla de él. (Vase el cómico 1.º A Rosencrantz y Gildenstern.) ¡Mis buenos amigos, decidme adiós, hasta la noche! Sed bienvenidos a Elsenor.

ROS. (Haciendo una profunda reverencia.) Mi buen Príncipe...

HAM. Sí, ciertamente. Quedad con Dios. (Vanse Rosencrantz y Gildenstron. Un momento de pausa.

ESCENA III

HAMLET, solo. Queda meditabundo como quien combina un plan.

HAM. He oído contar que ha habido personas delincuentes, que asistiendo a un espectáculo teatral, se han quedado tan profundamente impresionadas por la sola ficción escénica, que en aquel instante han manifestado su delito. Voy a hacer que los cómicos representen delante de mi tío alguna escena parecida al asesinato de mi padre. Observaré sus miradas y la espresión de su rostro, le examinaré hasta sus mínimos detalles, y por poco que se altere, ya sé lo que debo hacer. (Pausa.) El espíritu que yo he visto puede bien ser el diablo, puesto que el angel réprobo tiene facultades a veces para adoptar una forma atractiva. ¡Oh, quien sabe si aprovechándose de mi debilidad y melancolía ya que él tanto poder tiene sobre los espíritus abatidos, me engañó para causar mi desesperación! Quiero tener pruebas más decisivas que esta. El drama es el lazo en el cual cogeré yo la conciencia del Rey. ¡Pronto estará esto puesto en claro!...

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

Un salón del alcázar.

ESCENA PRIMERA

El REY, la REINA, OFELIA, ROSENGRANTZ Y GILDERSTERN

REY — (A los cortesanos.) ¿Y no podéis, por alguna vía indirecta, arrancarle el motivo que da pábulo a ese transtorno mental, turbando la calma de su existencia con esa peligrosa locura?

ROS. — El mismo confiesa que se siente transtornado, pero de la causa de ello, no quiere en manera alguna decir una palabra.

GILD. — Tampoco le encontramos dispuesto a dejarse sondear, pues con una hábil salida de tono se nos escapa, cuando pretendemos conducirle a alguna confesión acerca de su verdadero estado.

REINA — ¿Y os recibió atentamente?

ROS. — Como un cumplido caballero.

GILD. — Pero violentando mucho su ánimo.

ROS. — Fué avaro en preguntar, pero extremadamente pródigo en contestar a nuestras demandas.

REINA ¿Le tenteásteis. invitándole a alguna diversión?

ROS. Señora, quiso la suerte que alcanzáramos en el camino a ciertos comediantes, le hablamos de ello, y al oirlo, pareció experimentar gran regocijo. Los tales comediantes se hallan aqui en la corte, y según creo, tienen ya orden de representar esta noche alguna pieza ante el Príncipe.

POL. Es muy cierto; y me ha pedido èl, que invitara a Vuestras Majestades a oir y ver la representación esa.

REY Con todo mi corazón, y mucho me place saber que se halla asi dispuesto. Aguijoneádle de nuevo caballeros, y seguid inclinando su ánimo a estos placeres.

ROS. Así lo haremos, señor. (Vánse Rosengrantz y Gildersten.)

REY Dejadnos también, amada Gertrudis, porque hemos mandado llamar reservadamente a Hamlet, a fin de que se encuentre aquí, como si fuera por azar con Ofelia. Su padre y yo, espías de buena ley, nos apostaremos de tal suerte que viendo sin ser vistos, podamos juzgar claramente de su encuentro y colegir por la manera de portarse sí es o no el tormento de su amor, lo que así le aflige.

REINA. Voy a obedeceros. Y en cuanto a tí, Ofelia, deseo que tus raros hechizos sean la causa afortunada del transtorno de Hamlet, y así podré esperar que tus virtudes le conduzcan nuevamente a su habitual camino, en bien de tu honor y del suyo.

OFEL. ¡Ojalá que así fuera, señora! (Váse la Reina.)

POL. Paséate por aqui. Ofelia. (Al Rey.) Señor, cuando gustéis nos colocaremos en nuestro sitio. (A Ofelia entregándole un devocionario.) Lee en este libro, para que la apariencia de tal ocupación, sirva de pretexto a tu soledad. Oigo que viene. (Se ocultan.)

ESCENA II

Dichos y HAMLET hondamente ensimismado.)

HAM. ¡Ser o no ser!... ¡He aquí el dilema!

. . . .

¿Qué es más digno de un hombre, sufrir paciente cruentos e injustos golpes de la suerte adversa... o luchar bravamente con el aluvión de calamidades que se le viene encima y dominarlo, aun a riego de morir? ¡Morir! ¿Qué importa? Morir es dormir. ¡Nada más!... y con ese sueño perdurable, acaban las aflicciones, los dolores inherentes a nuestra débil naturaleza. Si deberíamos anhelarlo. ¡Sí! ¡Morir... dormir... y tal vez soñar!... ¡quién sabe!... Mas... ¿qué sueños podrán (sobresaltado) ser los que nos sobrevengan? Acaso horribles pesadillas, cuando despojados de la carnal escoria nos hundamos en la eterna noche de la muerte! (Con horror.) ¡Ah! Esto nos detiene, esta es la causa que prolonga nuestra infelicidad, ¡nuestra esclavitud sobre la tierra!

. . . .

Si no fuera por esto ¿quién soportaría las injusticias de los tribunales, la sinrazón de los déspotas, la insolencia de los magnates, las angustias de un amor despreciado, las infamias de los poderes constituídos, o el escarnio que el mérito tiene que aguantar de los estúpidos? (Valiente.) ¿Quién todo esto tolerara, cuando dar cuenta pudiera de ello con solo empuñar el acero? (Pone mano al puño de la espada.) ¿Quién aguantaría tanta opresión llorando y gimiendo bajo el peso de una vida tan molesta, si no fuese el vil temor de que exista un... un algo... un más allá... después de la muerte, en esa incógnita región de la cual nadie jamás ha vuelto? Esta

pavorosa duda es la que nos hace sufrir los males que nos aquejan, antes que correr el riesgo de encontrar otras incógnitas peores y para siempre!

. . . .

(Se queda pensativo un rato y luego exclama convencido.) Sí, esta previsión nos vuelve cobardes y la natural energía de la vida que nos diera bríos en la lucha, se atenúa, o se extingue con el hielo de la prudencia que el miedo de una terrible perspectiva de ultratumba nos vierte en el alma!... ¡Sí! ¡Esto es lo que trueca los héroes en menguados! (Cambiando de tono.) Mas silencio. La hermosa Ofelia. (A Ofelia.) ¡Angel mío, en tus plegarias acuérdate de mis pecados!

OFEL. ¡Mi buen señor! ¡Cómo os ha ido durante todos estos días!

HAM. Bien, bien, bien. Gracias.

OFEL. Señor, yo conservo de vos algunos recuerdos que tiempo ha deseo devolveros. Os ruego que los admitáis ahora mismo.

HAM. ¿Yo? ¡No; jamás te he dado nada!

OFEL. Mi respetable señor, vos sabéis perfectamente que me hicistéis algunos presentes acompañándolos con ciertas expresiones de un aliento tan suave que acrecentaban el valor de ellos. Desvanecido ya aquel perfume, tomadlos de nuevo, porque para un corazón noble las más ricas dádivas vuélvense mezquinas cuando se muestra poco afectuoso el que las ofrece. Aquí están, señor.

HAM. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¿Eres honesta?

OFEL. ¡Señor!

HAM. ¿Eres hermosa?

OFEL. ¿Qué intenta significar con eso Vuestra Alteza?

HAM. Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería estar con tu hermosura.

OFEL. ¿Acaso podría la hermosura tener mejor compañía que la honestidad?

HAM. Si por cierto; puesto que el poder de la belleza convertirá la honestidad en una alcahueta, mucho antes que la fuerza de la honestidad pueda transformar la belleza a su propia semejanza. En otro tiempo parecía esto un absurdo pero la época presente nos da de ello pruebas. Algún día... yo te amé.

OFEL. En verdad, señor: así me lo hicistéis creer.

HAM. Pues no debías haberme creído, porque la virtud no puede ingerirse de un modo tan cabal en nuestro viejo tronco que no quede en nosotros algún resabio de él. Yo no te amaba.

OFEL. Tanto mayor ha sido mi decepción.

HAM. Vete a un convento... ¿Por qué quisieras tú ser madre de pecadores? Aquí donde me ves, soy pasablemente bueno, y con todo, tales cosas podría yo reprocharme que más valiera que mi madre no me hubiese echado al mundo; soy muy soberbio, ambicioso, vengativo, con más pecados sobre mi conciencia, que ideas tengo para concebirlos, que fantasía para darles forma, y tiempo para ponerlos en ejecución. ¡Y qué han de hacer unos seres como yo, arrastrándose entre la tierra y el cielo! Todos somos unos malandrines rematados. No te fíes de ninguno de nosotros. ¡Vete, vete, a un convento! (Vuélvese bruscamente y ve asomar la cabeza de Polonio por entre los tapices.) ¿Dónde está tu padre?

OFEL. En casa, señor.

HAM. (Con intención.) Pues que atranquen bien las puertas para que no haga el bobo más que en su propia casa. Adiós. (Aléjase unos pasos y vuelve.)

OFEL. ¡Oh! ¡Asistidle, buen Dios!

HAM. Si te casas, quiero darte por dote esta espina: Asi seas tan casta como el hielo y tan pura como la nieve, no te librarás de la maledicencia. ¡Vete a un convento, vete!

Adiós. Y si te empeñas en casarte a todo trance, cásate con un imbécil, porque los hombres avisados saben muy bien qué clase de mónstruos hacéis de ellos vosotras. Vete a un convento, vete, y pronto. ¡Adiós! (Aléjase y vuelve como antes.).

OFEL. ¡Oh poderes celestiales, restituidle la razón!

HAM. También he oído hablar bastante de vuestros afeites y embelecos. Dios os ha dado una cara y vosotras os hacéis otra distinta; andáis dando saltitos, os contoneáis, hablais ceceando y convertís en gracias vuestros propios defectos. — ¡Vete, ya estoy harto de eso! ¡Eso es lo que me ha vuelto loco! Te lo advierto; se acabaron ya los casamientos. Aquellos que ya están casados, vivirán todos, todos menos uno. Los demás se quedarán como están ahora. ¡Vete a un convento, vete! (Vase.)

ESCENA III

OFELIA Sola

OFEL. ¡Oh! ¡Qué noble inteligencia transtornada! La intuición del cortesano, la palabra del sabio, la espada del guerrero, esperanza y flor de este próspero reino, espejo de la elegancia, modelo de cortesía, ideal que atraía la mirada de todo observador... perdido... completamente perdido! ¡Y yo la más desventurada e infeliz de todas las mujeres; yo que he saboreado la miel de sus promesas suaves, contemplo ahora aquel noble sublime entendimiento funcionando cual armoniosas campanas tañidas de un modo discordante, desentonado e ingrato al oído; aquellas facciones y aquella figura incomparables de la más florida

juventud marchitadas por el delirio! ¡Ay! ¡Qué desdicha la mía! ¡Haber visto lo que vi y ver ahora lo que estoy viendo! (Entran el Rey y Polonio.)

ESCENA IV

Dicha, el REY y POLONIO

REY ¡Amor, no! Las afecciones de Hamlet no van por ese camino, ni tampoco su lenguaje, con todo y ser algo desconcertado, parecíase al de la locura. Algo hay en su ánimo que su melancolía está incubando, y mucho temo que al aparecer surja algún peligro. Para prevenirlo he resuelto que sin demora alguna Hamlet salga para Inglaterra con el pretexto de reclamar nuestros atrasados tributos. Acaso el mar y los diferentes países, con su variedad de objetos, extirparán ese algo arraigado en su corazón sobre lo cual de continuo su imaginación da vueltas. ¿Qué opinas de esto?

POL. Que es lo mejor. Sin embargo entiendo yo que el origen de su pesadumbre provienen de un amor desairado. (A Ofelia.) ¡Tú aquí, Ofelia! No has menester que nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe Hamlet; todo lo hemos oído. (Al Rey.) Señor, obrad como os plazca, pero si lo juzgáis conveniente, haced que después de la representación, la Reina, su madre, a solas con él en un lugar apartado, le inste a descubrirle sus penas. Y yo, con vuestra licencia, me ocultaré de modo que pueda oir toda la conversación. Si ella no consigue desentrañar el secreto de su pecho, mandadle entonces a Inglaterra o recluidle donde vuestra prudencia mejor estime.

REY — Así se hará. La locura en los grandes hombres no debe quedar sin vigilancia. (Vanse los dos.)

MUTACIÓN

ESCENA V

Un vasto salón del alcázar. Es de noche. Se ve una especie de escenario improvisado.

HAMLET y algunos COMICOS

HAM. — Te ruego digas ese pasaje tal como le he recitado; con mucha soltura y naturalidad, pues si lo declamas con énfasis y a voz en grito como hacen muchos de vuestros actores, tanto valdría que hiciera yo recitar mis versos por el pregonero público. Guárdate igualmente de cortar el aire así con la mano; hazlo todo con mesura pues hasta en medio del mismo torrente, borrasca, y aún podría decir torbellino de una pasión, has de tener y mostrar una templanza que pueda prestarle tonalidad adecuada. ¡Oh! Me hiere en el alma el oir a un forzudo jayán con su enorme pelusa en la cabeza desgarrar una pasión hasta convertirla en girones y taladrar los oídos de la gente del patio, que en su inmensa mayoría no gusta de otra cosa que mucha bulla y exageradas pantomimas. De buena gana haría yo dar una mano de azotes a tanto energúmeno por exagerar el tipo de Termagante. ¡Esto es ser más Herodes que Herodes mismo! Huye, huye de eso por favor.

COM. 1.º — Lo prometo a Vuestra Alteza.

HAM. — No estés tampoco excesivamente cohibido, en esto tu propio discernimiento debe de

ser tu maestro. Acomoda la acción a la palabra y la palabra a la acción, poniendo un especial cuidado en no traspasar los límites de la natural sencillez porque toda cosa llevada a tal extremo es contraria a las tendencias del arte damático, cuyo objeto lo mismo en su origen que en los tiempos actuales, ha sido y es ofrecer, por decirlo así, un espejo a la humanidad, mostrar a la virtud sus propios rasgos, al vicio su misma imagen, y a cada siglo y a cada generación su fisonomía y su sello característico. De ahí resulta que si se recarga la expresión o si ésta adolece de languidez, por más que esto haga reir a los ignorantes, no podrá menos que disgustar a los hombres sensatos, debiendo el dictamen de uno solo de éstos tener más peso en vuestra estimación que el de todo un público compuesto de los otros. ¡Ah! Cómicos hay a quienes he visto representar y a los cuales he oído elogiar en alto grado, que por no decirlo en malos términos, no teniendo ni acento, ni traza de cristiano, de gentil, ni tan siquiera de hombre, se pavoneaban y vociferaban de tal suerte, que he llegado a imaginar que a la Naturaleza, al formar tales hombres, le salieron unos engendros desmedrados, pues tan abominablemente imitaban ellos la humanidad.

COM. 1.° Creo yo, que en nuestra compañía hemos corregido esto bastante, señor.

HAM. ¡Oh! Corregidlo por completo; y no permitáis que los que hacen de gracioso digan más de lo que tienen escrito en su papel. Porque algunos hay entre ellos que empiezan a dar risotadas para hacer reir a unos cuantos espectadores imbéciles, aun cuando en aquel preciso momento reclame la mayor atención algún punto esencial de la pieza. Esto es indigno, y revela en el in-

sensato que tal hace unas pretensiones sumamente ridículas. Id a prepararos. (Vanse los cómicos,)

ESCENA VI

HAMLET, POLONIO, ROSENCRANTZ y GILDERSTERN. Después HORACIO.

HAM. (A Polonio.) Y bien, ¿vendrá el Rey a ver esta obra maestra?

POL. Sí, señor; al instante y la Reina también.

HAM. Pues encargad a los cómicos que se den mucha prisa. (Vase Polonio. A Rosencrantz y Gilderstern.) ¿Queréis ir los dos a ayudarles a concluir más pronto?

ROS.. } GILD. } Con mucho gusto, señor. (Vanse los dos. Entra HORACIO).

HAM. ¿Tú por aquí, Horacio?

HERA. Aquí me tenéis, señor, a vuestras órdenes.

HAM. Horacio, tú eres precisamente el hombre más cabal de cuantos he tratado en mi vida.

HORA. ¡Oh! ¡querido Príncipe!

HAM. No, no creas que yo te adule; pues, ¿qué ventajas puedo esperar de ti que para sustentarte y vestirte, no tienes más rentas que tus buenas disposiciones? ¿Qué razón hay para adular al pobre? Dejemos para la lengua miedosa el lamer la necia ostentación y para los goznes de la rodilla servil, el doblarse allí donde el lucro puede seguir a la lisonja. Esto es indigno de un hidalgo bien nacido. — Escúchame. Desde que mi intelecto supo escoger y supo distinguir entre los hombres, te marcó a ti con el sello de su elección puesto que tú, sufriéndolo todo, te has mostrado como si nada sufrieras, y eres un hombre que ha aceptado con igual impasibilidad los reve-

ses y los favores de la fortuna. Dichosos aquellos cuya sangre y cuya razón se hallan tan bien combinadas que no son entre los dedos de la Fortuna como un caramillo que suena por el agujero que a ella se le antoja. Dadme a mí un hombre que no sea esclavo de las pasiones, y yo le guardaré en lo mâs íntimo de mi corazón si, el corazón de mi corazón como te guardo a ti... Pero ya hemos hablado de esto en demasía. Esta noche se ejecutará ante el Rey una pieza, en la cual hay una escena que tiene mucho parecido con el incidente relativo a la muerte de mi padre. Te suplico que en cuanto veas llegar dicho paso, observes a mi tío con toda la penetración de tu alma. Si su oculto crímen no aparece al descubierto en cierta relación será sin duda un espíritu infernal lo que vimos, y será también que mis cavilaciones son tan negras como la fragua de Vulcano. Fija en él una cuidadosa atención. Por mi parte mis ojos se clavarán tenazmente en su rostro, y después uniremos nuestros respectivos pareceres, a fin de juzgar acerca de su apariencia.

HORA. Bien decís, señor. Si durante la representación él me sustrae algo y escapa a mi perspicacia, yo pago por lo sustraído.

HAM. Ya vienen a presenciar la función. Es menester que yo disimule haciéndome el desequilibrado. Vete a tomar asiento. (Marcha danesa. Toque de trompetas.),

ESCENA VII

El REY, la REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GILDERSTERN y otros caballeros y damas del acompañamiento, entran en medio de Guardias llevando antorchas encendidas).

REY. ¿Qué tal le va a mi sobrino Hamlet?

HAM. Perfectamente, cual el camaleón, me ali-

mento de aire; y esfoy atiborrado de esperanzas. No podríais vos engordar capones así.

REY. Nada tengo yo que ver con esa respuesta, Hamlet, no son para dirigidas a mí esas palabras.

HAM. Ahora, ya no son mías. (A Polonio). ¿No decís que una vez representásteis vos en la Universidad?

POL. Sí, Alteza, y fama tenía de actor excelente.

HAM. ¿Y qué papel desempeñásteis?

POL. El de Julio César. Yo era asesinado en el Capitolio; me mataba Bruto.

HAM. Brutal acción por parte suya fué la de matar un borrego tan capital (A Rosencranzt). ¿Están ya prevenidos los cómicos?

ROSEN. Sí, señor, aguardan sólo vuestro permiso.

REINA Ven aquí, mi querido Hamlet, siéntate a mi lado.

HAM. No, mi buena madre. (Señalando a Ofelia.) Hay aquí un imán mas poderoso.

POL. (Al Rey.) (¿Os habéis fijado en lo que ha dicho?)

HAM. Me permitiréis, señora mía, que me recline bien en vuestra falda? (Sentándose en el suelo a los pies de Ofelia en un cojín.)

OFEL. No, señor.

HAM. Quiero decir apoyar mi cabeza en vuestras rodillas.

OFEL. Si, señor.

HAM. ¿Os figurabáis que yo queria decir algo que pudiera ofenderos?

OFEL. No me figuré nada, señor.

HAM. Qué dulce es el soñar entre los muslos de una doncella.

OFEL. ¿Qué decís?

HAM. No digo nada.

OFEL. Chancero estáis.

HAM. ¿Quién yo?

OFEL. Si, señor.

HAM. ¡Diantre! Sólo para divertiros hago yo bufonadas. ¿Qué ha de hacer uno sino estar

alegre? Y si no, mirad qué aire más risueño tiene mi madre, y eso que mi padre ha muerto aún no hace dos horas.

OFEL. ¡Qué! Dos veces dos meses, señor.

HAM. ¿Tanto tiempo hace? Pues entonces que se vista de luto el diablo porque yo quiero un traje de piel de marta. ¡Oh, cielos! ¡Dos meses ha que murió y no le han olvidado todavía! De esa manera bien se puede esperar que la memoria de un grande hombre le sobreviva medio año. ¡Pero por la Virgen Santísima! para ello será preciso que funde iglesias, pues de lo contrario no quedará recuerdo de él como le acontecía a aquel caballito de palo cuyo epitafio dice:

¡Ay! Del caballo de palo,
que nadie se acuerda ya.

(Música de oboes. Empieza la pantomima en el escenario dispuesto al efecto. Suenan tres toques de trompeta. Entra el «Prólogo» envuelto en una larga capa negra y llevando en la cabeza una corona de laurel.)

Por este personaje sabemos de que se trata. Los cómicos no pueden guardar un secreto; todo lo han de decir.

PRÓLOGO «Para nosotros y para la tragedia nuestra sometiéndonos ahora a vuestra benevolencia, os suplicamos una paciente atención.»

HAM. ¡Es el prólogo eso!

OFEL. Es muy breve.

HAM. Como amor de mujer. (Entran cómicos representando uno un Rey (Gonzago) y una dama una Reina (Bautista.)

GONZ. Treinta vueltas completas ha dado el corro de Febo a las salobres ondas de Neptuno y a la redonda región de Telos y treinta docenas de lunas, con su prestado brillo, han pasado por el mundo, doce treintenas de veces desde que el amor unió nuestros corazones, e Himeneo nuestras manos con mutuos y sacratísimos lazos.

BAUT. Y otras tantas vueltas puedan el sol y la

luna dejarnos contar, antes que se extingan nuestros amores.

GONZ. En verdad, amor mío, un día forzoso será dejarte y dejarte en breve. Mis facultades activas se niegan a desempeñar sus funciones, y tú me sobrevivirás en este mundo seductor respetada, querida y acaso no faltará quien sea bastante tierno para esposo, y tú...

BAUT. ¡Oh, no prosigas! Semejante amor no podría menos de ser una traición en mi pecho. ¡Maldita sea yo si me enlazase con un segundo esposo! Nadie se casa con el segundo, sin haber muerto el primero.

HAM. (Aparte.) (¡Anda, toma quina!)

BAUT. Los móviles que incitan a un segundo matrimonio son despreciables razones de interés, nunca de amor! ¡Pareceríame que por segunda vez mato a mi difunto esposo, si en el lecho nupcial me besara un segundo marido!

GONZ. Opino que pensáis tal como ahora decís. Pero las resoluciones que hacemos las quebrantamos a menudo. El propósito no es más que un esclavo de la memoria; brusco es su nacimiento, empero escasa su validez. Ahora cual fruto acerbo hállase adherido al árbol, más caerá por sí solo, apenas esté en sazón. De todo punto inevitable es que olvidemos pagarnos lo que nos debemos a nosotros mismos; sea lo que fuere lo que nos propongamos en un momento de pasión, una vez calmada la pasión desvanécese el propósito. La violencia misma del dolor o del placer destruye juntamente con ellos sus propias resoluciones. Allí donde más bulliciosa es la alegría más se lamenta la tristeza, bastando un leve accidente para que la tristeza se regocije y el regocijo se entristezca. Ni aun este mundo durará siempre, y así no es cosa extraña que hasta nuestro amor cambie con nues-

tra fortuna, que es una cuestión que todavía nos queda por resolver, si el amor gobierna la fortuna o si la fortuna gobierna el amor. Dueños somos de nuestros pensamientos, pero no de llevarlos a cabo. Por esto piensas tú que no te unirás a un segundo esposo; mas una vez muerto el primero, morirán con él tus pensamientos.

BAUT. ¡Niégueme el sustento la tierra y la luz el cielo; rehúsenme sus alegrías y reposo el día y la noche; en desesperación se truequen mi fe y esperanza; que en este mundo y en el otro me persiga una eterna adversidad si, una vez viuda, algún día vuelvo a ser esposa!

HAM. (Con intención.) (¡Si ahora quebrantara ella esos votos!)

GONZ. Solemnemente has jurado. Déjame aquí, amor mío, unos instantes. Entorpécense mis espíritus y de buen grado quisiera burlar con las delicias del sueño el pesado curso del día. (Se duerme.).

BAUT. ¡Que aquiete el sueño tu cerebro y que jamás entre nosotros dos se interponga la mala ventura! (Vase.)

HAM. (A la Reina con intención.) ¿Qué tal os parece esta pieza, señora?

REINA Antójaseme que la dama hace demasiadas protestas.

HAM. ¡Oh! ¡Pero cumplirá su palabra!

REY (A Hamlet.) ¿Te has enterado bien del argumento? ¿No hay en él cosa ofensiva?

HAM. Nada de eso. Lo que hacen es puramente cosa de broma; se envenena de mentirijillas. No hay absolutamente la menor ofensa.

REY ¿Cómo titulas la pieza?

HAM. *La Ratonera*... en sentido figurado. Este drama representa un asesinato cometido en Viena. Gonzago es el nombre del Príncipe y Bautista el de su esposa. Ya lo veréis luego. Es una trama diabólica, pero ¿qué

importa? A vuestra Majestad y a nosotros que tenemos el alma inocente, eso no puede afectarnos. Tire coces enhorabuena el matalón que sienta escozor en el pellejo; a nosotros nada puede escocernos. (Entra en el escenario Luciano.) Este es un tal Luciano, sobrino del monarca.

OFEL. Valéis tanto como un coro, señor. (1)

HAM. Podria yo serviros de intérprete entre vos y vuestro amante con solo veros juguetear en forma de títeres.

OFEL. Sois picante, señor.

HAM. Os costaria un gemido el embotarme la punta.

OFEL. Siempre de lo mejor a lo peor.

HAM. Asi es cómo debéis proceder en la elección de vuestros maridos. (A Luciano.) Vamos, empieza, asesino. ¡Mala peste! Deja esas muecas endiabladas y principia de una vez. ¡Vaya! (Aparte.) «El cuervo graznador chilla clamando venganza».

LUCIA. «Negros los designios, pronta la mano, dispuesto el tósigo, propicia la hora, cómplice la ocasión y nadie que me observe. ¡Oh! Tú, violenta mixtura de venenosas plantas, a la media noche recogidas, tres veces infecta, tres veces emponzoñada con la maldición de Hecate, tus naturales virtudes mágicas y deletéreas arranquen instantáneamente la vida en plena salud. (Vierte cautelosamente el veneno en el oído de Gonzago.)

HAM. (Intencionadamente al Rey mirándolo con fijeza.) ¡Veis! Le envenena en el jardín para usurparle la corona. Su nombre es Gonzago, la historia existe, y se halla escrita en buen italiano. Pronto verás como el asesino lo-

---

(1) Sabido es que en el antiguo teatro griego, el coro enteraba al público de quiénes eran los personajes y cuáles sus móviles, haciendo el comentario de la acción.

gra el amor de la esposa de Gonzago. (El Rey visiblemento turbado se levanta de su asiento disponiéndose a salir del salón.)

OFEL. ¡El Rey se levanta!

HAM. ¡Qué! ¿Le espanta esa ficción?

REINA (Al Rey,) ¿Os sentís mal, señor?

POL. (A los cómicos.) Suspended la representación en seguida.

REY ¡Traed la luz! Salgamos de aquí. (En esto Hamlet se levanta coje una de las antorchas que alumbran el escenario y la pone frente la cara del Rey.)

TODOS ¡Luces, luces, luces! (Vanse todos menos Hamlet y Horacio. Hamlet devuelve la antorcha a su lugar y se dirige a Horacio.)

HAM. (Cantando.)

«Dejad que el ciervo herido
ligero escape y llore
y al cervatillo ileso
que siga retozando.
Han de velar los unos
cuando los otros duermen
y así ni más ni menos
el mundo va marchando.»

Mil libras apostaría yo, mi buen Horacio, sobre la verdad de la palabra del espíritu aparecido. ¡No hay duda, era mi padre! ¿Has advertido?

HORA. Perfectamente, señor.

HAM. ¿Cuándo se trataba del envenenamiento?

HORA. Bíen lo noté. ¡Y cómo se turbó!

HAM. ¡Venga esa mano! (La aprieta la mano con efusión.) (Entran Rosencrantz y Gilderstern y al verlos Hamlet hará un signo de inteligencia a Horacio.) ¡Ea, un poco de música!

GILD. Mi buen señor, permitidme deciros una palabra.

HAM. Y aun toda una historia, caballero.

GILD. El Rey, señor.

HAM. ¡Ah, sí! ¿qué le pasa?

GILD. Se ha retirado a su habitación extraordinariamente destemplado.

HAM. ¿Por la bebida?

GILD. No, Príncipe mío; por la cólera.

HAM. Hubieráis dado muestras de mayor sensatez yendo a contárselo al médico, pues si yo me encargo de su purga, podría ser que le dañara más todavía.

GILD. Mi buen señor, hablad en forma adecuada y no os apartéis tan fieramente de la cuestión.

HAM. Vamos, ya estoy amansado, amigo. ¡Hablad!

GILD. La Reina vuestra madre sumida en la mayor aflicción de espíritu, me ha enviado a vos.

HAM. (Con afectación.) Muy bien venido seáis.

GILD. No, mi querido Príncipe, esa cortesía no es de buena ley. Si es que tenéis a bien darme una sana respuesta cumpliré el mandato de vuestra madre. De no, con pedir vuestra venia y volverme, doy por terminada la misión que se me ha confiado.

HAM. Pues, señor mío, me es imposible...

GILD. ¿Qué, señor?

HAM. ...daros una respuesta sana, porque tengo enferma la cabeza. Pero mis contestaciones, tal como las puedo dar yo, están a vuestra disposición, caballero, o mejor dicho, a la de mi madre, según manifestáis. De consiguiente, no hablemos más y vamos al asunto. Mi madre decís...

ROS. Pues ved ahí lo que dice, que vuestra conducta le ha causado gran asombro y extrañeza.

HAM. ¡Oh, hijo portentoso que así puedes asombrar a una madre! ¿Pero no trae cola esa admiración materna? Vamos a ver.

ROS. Desea hablar con vos en su aposento antes que os vayáis a recoger.

HAM. (Con énfasis.) Obedeceremos como si ella fuese diez veces nuestra madre. ¿Tenéis algún otro asunto que tratar conmigo?

ROS. Señor, en otro tiempo me teníais afecto...

HAM. Y os lo sigo teniendo; lo juro por estas dos manos pecadoras.

Ros. Mi buen señor, ¿cuál es la causa de vuestra desazón? Indudablemente cerráis las puertas a vuestro propio desahogo, ocultando vuestras cuitas a un amigo.

Ham. Es que estoy sin valimiento alguno, hidalgo.

Ros. ¿Cómo puede ser eso, cuando contáis con el voto del mismo Rey para sucederle en el trono de Dinamarca?

Ham. ¡Ya! Pero *esperando que la yerba nazca.* (Repara en los caramillos que han dejado los cómicos, recogiendo uno del suelo y presentándolo a Rosencrantz.) ¿Queréis hacerme el favor de tocar este caramillo?

Gild. Señor, no sé.

Ham. Os lo ruego.

Gild. Creedme, no sé.

Ham. Os lo pido por favor.

Gild. Ignoro hasta como se maneja, señor.

Ham. Es tan fácil como el mentir; gobernad estos agujeros con los dedos, dadle aire con la boca y el caramillo producirá la más elocuente música. Mirad: estas son las llaves.

Gild. Pero no puedo yo hacerles expresar ninguna melodía. Carezco de esa habilidad.

Ham. (Con severidad.) ¿Y queréis vosotros tañerme? Os figuráis que conocéis mis registros, intentáis arrancar el núcleo de mi secreto, pretendéis sondearme haciendo que yo emita desde la nota más grave hasta la más aguda de mi diapasón; y habiendo en este pequeño instrumento abundancia de música y excelente voz, sin embargo, no podéis hacerle hablar. ¿Os figuráis que a mí se me puede tañer más fácilmente que a un caramillo? Tomadme por el instrumento que mejor os parezca y aunque podáis trastearme y destemplarme nunca lograréis sacar de mí sonido alguno. (Entra Polonio.) (A Polonio.) ¡Que Dios os bendiga!

Pol. Señor, la Reina quisiera hablar con vos al momento.

HAM. (Yendo a una ventana.) Iré al instante.

POL. Así voy a decírselo. (Vase.)

HAM. *Al instante;* es cosa que pronto está dicha. Dejadme solo, amigos míos. (Vanse todos menos Hamlet.) Esta es la hora de la noche verdaderamente apropiada para los maleficios, hora en que las tumbas abren su ancha boca y el infierno mismo arroja de su seno pestilencia a este mundo. Ahora podría yo saciarme de sangre humana y hacer tales horrores, que el día se estremeciese al contemplarlos. Pero calma. ¡Vamos a ver a mi madre! ¡Oh, corazón mío! No pierdas tu sensibilidad; que el espíritu de Nerón no halle jamás cabida en este firme pecho. Sea yo inclemente, pero no desnaturalizado. No echaré mano al puñal, pero puñales han de ser para ella mis palabras. Sean esta vez hipócritas mi lengua y mi alma; por mucho que ultrajen a mi madre mis dichos, nunca consientas, alma mía, el sellarlos con la acción. (Vase.)

MUTACIÓN

ESCENA VIII

Una sala de paso del alcázar. (Telón corto.) A un lado un reclinatorio para orar.

El REY, ROSENCRANTZ y GILDERSTERN

REY No; no estoy contento de él. Nuestra seguridad exige que pongamos freno a su locura. Por lo tanto, preveníos; yo despacharé sin tardanza lo referente a vuestra comisión y él partirá con vosotros a Inglaterra. La situación de nuestro Estado no puede consentir que nos amenace tan de cerca el peligro en que a cada instante le ponen sus arrebatos.

GILD. Iremos a disponer lo necesario para nuestra partida. Muy justo y sagrado empeño

es velar por la seguridad de tantos y tantos individuos cuya vida y cuyo sustento dependen de Vuestra Majestad.

ROS. Un simple particular está obligado a precaverse contra el mal con toda la fuerza y defensa que su inteligencia pueda procurarle, pero mucho más lo está aquella persona en cuyo bienestar estriba y descansa la existencia de multitud de seres humanos.

REY Aprestáos enseguida, os lo ruego, para este precipitado viaje, pues queremos librarnos de ese peligro que actualmente se nos viene encima a pasos agigantados.

ROS. } GILD. } Pondremos en ello toda nuestra diligencia. (Vanse los dos.)

ESCENA IX

Dichos y POLONIO

POL. Señor, el Príncipe se dirige al gabinete de su madre. Yo me ocultaré detrás de un tapiz para enterarme del curso de la entrevista. Con Dios quedad, señor. Iré a veros antes que os acostéis para comunicaros lo que haya averiguado.

REY Gracias, querido Pólonio. (Vase Polonio.) ¡Oh! ¡Atroz es mi delito! ¡Su corrupto hedor llega al cielo, sobre él pesa la primera y más antigua de las maldiciones, la del fratricidio! ¡Orar!... ¡ay! no puedo por más que mi deseo sea tan vehemente como mi voluntad. La fuerza de mi propósito cede a la fuerza mayor del recuerdo de mi crimen. Pero aun cuando esta mano maldita se hubiera manchado con la sangre de mi hermano, ¿no hay bastante lluvia en el piadoso cielo para dejarla limpia y tan

blanca como la nieve? ¿Para qué sirve la misericordia divina sino para perdonar a los grandes pecadores? ¿Y no tiene, acaso, la oración la doble virtud de precavernos antes que lleguemos a caer y de alcanzar nuestro perdón después de haber caido? Alcemos, pues los ojos al cielo; ¡mi crimen ya pasó! Ahora sólo pedir perdón a Dios me resta. ¡Valedme, ángeles celestiales! ¡Haced un esfuerzo y doblaos, rígidas rodillas mías! ¡Y tú, corazón de aceradas fibras, ablándate como las carnes de un niño recién nacido! Acaso termine todo felizmente. (Se arrodilla ante el reclinatorio, tapándose el rostro con las manos.)

ESCENA X

El REY y HAMLET

HAM. ¡Este es el momento! ¡Está rezando! (Desenvaina la espada, avanza unos pasos, hace la acción de herirle por detrás y de pronto se detiene. Después, mientras dice lo que sigue, se retirará de modo que el Rey no pueda verle.) ¡No! que si le mato así, él se iría a la gloria y así no habría venganza. ¡Meditémoslo! Este infame asesinó a mi padre, y en pago de semejante acción, yo, su hijo único, mando al cielo a éste que fué su asesino. ¡Ah, no! que tal fuera estipendio y remuneración, más no venganza. El traidor sorprendió a mi padre sumido en la sensualidad, después de opíparo festín, con todas sus culpas en plena florescencia, tan llenas de savia y vigor como una planta en Mayo, ¿y quién sabe, sino el cielo, como rindió al fin cuentas de sus culpas? Mas por los indicios, inclínome a pensar que muy aflictiva es su suerte. Quedaría cumplida mi venganza hiriendo

al delincuente mientras está purificando su alma, en el momento preciso en que se halla bien dispuesto y preparado para el trance de la muerte. ¡No! ¡Vuelve a tu sitio, espada mía, (Envainándola.) y elije una conjetura más horrible, cuando él se halle amodorrado por la embriaguez, o en un acceso de furor, en los incestuosos placeres de su lecho, jugando, blasfemando, o en ocasión de ejecutar algun acto tal que no deje la menor esperanza de salvación para él! ¡Entonces abate a este malvado de tal suerte, que sus talones tiren coces al cielo, mientras su alma negra se precipita a los infiernos! Mi madre me está aguardando. Esta medicina sólo te servirá para prolongar los días de tu dolencia.

REY (Levantándose con desesperación concentrada y avanzando.) Mis palabras vuelan, mis pensamientos permanecen aquí abajo; las palabras sin pensamiento nunca llegan al cielo.

MUTACIÓN

ESCENA XI

La REINA y POLONIO

Gabinete de la Reina con dos grandes retratos de cuerpo entero representando el uno el padre de Hamlet y el otro su hermano, el que ocupa el trono. El primero debe de ser arrogante y agraciado. Un gran tapiz cubrirá la puerta del fondo. Dos puertas laterales.

POL. Vendrá al momento. Tratad de reprenderle sin rodeos ni contemplaciones. Decidle que sus locuras han sido harto descomedidas para que se toleren y que vuestra gracia le ha defendido, interponiéndose entre él y la violenta indignación del Rey. Yo voy a esconderme aquí mismo, sin decir

una palabra más. Os ruego que le habléis muy claro.

HAM. (Dentro.) ¡Madre, madre, madre!

REINA Os lo garantizo. Por mi parte nada temáis. Retiraos, oigo que viene. (Polonio se oculta detrás de un tapiz.)

ESCENA XII

Dichos y HAMLET. Después la SOMBRA

HAM. (Cuadrándose delante de la Reina con los brazos cruzados.) Y bien, madre; ¿qué hay?

REINA Hamlet, has ofendido gravemente a tu padre.

HAM. Más gravemente ofendistéis vos al mío.

REINA Respondes con lengua demasiado ligera.

HAM. Vos preguntáis con lengua harto procaz.

REINA ¡Cómo! ¿Qué significa eso, Hamlet?

HAM. ¿Qué pasa?

REINA ¿Has olvidado quién soy?

HAM. No tal; sois la Reina, la esposa del hermano de vuestro antiguo marido y ¡pluguiera al cielo que no fuera así! Además sois mi madre.

REINA (Levantándose.) Bien está. Yo voy a presentar algunos que sabrán hablarte.

HAM. (Cogiéndola por el brazo y obligándola a sentarse.) ¡Ea, sentaos! no os moveréis de aquí, no saldrás hasta que os haya puesto yo delante un espejo en el cual veáis lo más íntimo de vuestra conciencia.

REINA (Azorada.) ¿Qué intentas hacer? ¿Asesinarme acaso? ¡Favor! a mí ¡socorro!

POL. (Sobreexcitado y haciendo mover involuntariamene el tapiz.) ¡Qué pasa! Eh ¡socorro, socorro, socorro!

HAM. (Desenvainando rápidamente la espada.) ¡Qué es eso! un ratón. (Tira un par de estocadas a través

del tapiz con saña hiriendo a Polonio.) ¡Muerto! ¡Apuesto un ducado que lo he muerto!

POL. (Detrás del tapiz.) ¡Ay! ¡me han matado! (Cae y muere.)

REINA Desgraciada de mí. ¡Qué has hecho!

HAM. A fe mía no lo sé. (Aparte.) (¡Será el Rey!) (Levanta el tapiz y descubre a Polonio.)

REINA ¡Oh! ¡qué acción tan temeraria y sangrienta!

HAM. ¡Una acción sangrienta! No, no tan inicua, mi buena madre, como la de matar a un Rey y desposarse luego con su hermano.

REINA ¡Matar a un Rey!

HAM. ¡Sí señora, estas son mis palabras! (A Polonio.) ¡Y tú despreciable, procaz, entrometido, cortesano necio, adiós! Te había tomado por otra persona más elevada, sufre tu destino. Ya ves como tiene sus riesgos el ser oficioso en demasía. (Deja caer el tapiz. A la Reina.) Cesad de retorceros las manos. ¡Calma, calma! Sentaos y dejad que os retuerza yo el corazón, que eso es lo que voy a hacer, si es que está hecho de una materia impresionable, si el hábito de la perversidad no lo ha empedernido hasta el punto de estar acorazado y a prueba de todo sentimiento.

REINA ¿Pero qué hice yo para que te atrevas a soltar la lengua armando tan fiero tumulto contra mí?

HAM. (Animándose por grados). Una acción tal, que mancilla el carmín vivo del pudor, tacha hipócrita a la virtud; aja la rosa limpia del amor puro, estampando en su lugar infamante estigma; trueca los conyugales votos en juramentos de tahur; ¡oh! una acción que del cuerpo del contrato matrimonial proscribe su misma esencia y hace de la dulce religión un juego de palabras; que hace que se enrojezca la faz de los cielos horrorizados; y que hasta la superficie de la tierra tome un aspecto som-

brío, como si acercándose al final juicio se cubriera de espanto por acción tan malvada!

REINA ¡Ay, de mí! ¿Qué acción será esa que con tales rugidos y con voz de trueno se me anuncia?

HAM. (Cogiéndola por la muñeca y conduciéndola frente a los retratos de cuerpo entero de los reyes Hamlet y Claudio). Mirad aquí este cuadro y este otro, representación en pintura de dos hermanos. Ved cuanta gentileza hay en ese rostro; el ensortijado cabello de Apolo, la frente como la del mismo Júpiter, el ojo firme, semejante al de Marte; una actitud como la del mensajero Mercurio recien parado en la cima de un monte que besa al cielo. Ciertamente, una combinación de formas en donde no parece sino que cada uno de los dioses se complació en aplicar su sello para ofrecer al mundo un verdadero tipo de hombre. Este era vuestro esposo. Mirad ahora al que le sigue. Ahí tenéis a vuestro marido, que cual espiga atizonada aniquila a su hermano en la plenitud de su vida. ¿Tenéis ojos? ¿Pudísteis dejar de florecer en esta deliciosa colina para cebaros en esa cenagosa hondonada? ¡Ah! ¡Tenéis ojos! No me digáis que eso es amor; porque a vuestra edad se aplacan los hervores de la sangre, volviéndose ésta sumisa y obediente a la razón. ¿Y qué sana razón quisiera pasar de este a estotro? (Señalando sucesivamente los retratos). Indudablemente vos estáis dotada de sentido, pues de otra suerte careceríais de afectos; pero con seguridad lo tenéis suspenso, porque aun la locura misma no se engañaría así, ni el buen sentido se ha esclavizado nunca al delirio hasta un extremo tal que no conserve cierto grado de discernimiento para aplicarlo a semejante distinción. ¿Qué demonio fué el que así os engañó? La vista sin el tacto,

el tacto sin la vista. El oído sin las manos o sin los ojos, el olfato solo, o siquiera una débil parte de un sano sentido, no serían torpes hasta un extremo tal. ¿Dónde está, ¡oh, vergüenza! tu rubor? El infierno maldito sólo puede inflamar una matrona que se enardece de tal suerte, una matrona para que su virtud se derrita cual cera y razón se convierta en medianera del deseo.

REINA ¡Oh! ¡Hamlet, no digas más! Tú haces volver mis ojos al fondo de mi alma y observo allí tan negras y tan profundas manchas que jamás llegarán a borrarse.

HAM. Y todo eso únicamente para vivir en el hediondo sudor de un lecho impuro, encenagada en la corrupción, prodigando halagos y amorosas caricias en una pocilga inmunda!

REINA ¡Oh! ¡calla! Esas palabras penetran como puñales en mis oídos, ¡Basta querido Hamlet!

HAM. (Con exaltación creciente). ¡Un asesino, un infame, un miserable que no vale ni una mínima parte de lo que valía vuestro primer esposo, una caricatura de Rey, un ladrón de la soberania y del poder que hurtó de un anaquel la preciosa diadema y se la puso!...

REINA ¡No prosigas!...

HAM. ...un Rey de retazos y remiendos! (Da un empujón a su madre. Aparece la SOMBRA del REY HAMLET, sin armas.) ¡Oh! (Cayendo de rodillas.) ¡Salvadme y guarecedme con vuestras alas, vosotros guardianes celestes! (A la SOMBRA.) ¿Qué quieres, sombra venerada?

REINA (Aparte.) ¡Ay, no está en su juicio!

HAM. ¿Vienes, acaso, para reprender a tu hijo, porqué en la vehemencia de la pasión, olvida el perentorio cumplimiento de tus respetables mandatos? ¡Oh, habla!

SOM. No lo olvides; esta visita no tiene más ob-

jeto que recordarte tu promesa. Observa como el espanto se apodera de tu madre. Interponte a la lucha que ella sostiene con su alma, que en los cuerpos mas endebles es donde la fantasía obra con mayor violencia. Háblale, Hamlet.

HAM. (Con voz sumisa.) ¿Cómo estáis, señora?

REINA ¡Ay! ¡Cómo te sientes tú, que figuras fijar tus miradas en el vacío y mantienes conversación con el aire incorpóreo! Por tus ojos asoma azoradamente tu espíritu, y tus cabellos se enderezan repentinamente poniéndose de punta. ¡Oh, hijo de mi vida! Sobre la ardiente llama de tu sobreexcitación vierte un rocío de fría calma.

HAM. (Señalando a la SOMBRA.) Le miro a él, a él. Ved cuán triste es la expresión de su mirada; su figura y su causa ablandarían las piedras, llegando a enternecerlas. (A la SOMBRA.) No me mires así tan lastimero; no sea que con tus gestos de dolor se truequen mis fieros designios, y entonces lo que yo debo llevar a cabo pierda su energía, corriendo lágrimas en vez de sangre.

REINA Pero, ¿á quién dices eso?

HAM. ¿No véis nada allí?

REINA Nada absolutamente, y sin embargo veo todo cuanto nos rodea.

HAM. ¿No oistéis nada tampoco?

REINA No; vuestras voces tan sólo.

HAM. ¡Qué raro es eso! Mirad allí. Ved como se aleja pausadamente mi padre, con el mismo traje que usaba en vida... Vedle en este momento como sale por la puerta. (Vase la SOMBRA.)

REINA Eso no son más que alucinaciones de tu cerebro: el delirio te produce esas quimeras ilusorias.

HAM. ¡El delirio! Mi pulso, lo mismo que el vuestro, guarda acompasadamente su ritmo, sonando igual melodía de salud. No, no son desatinos lo que acabo de proferir;

sometedme a prueba, y os repetiré palabra por palabra toda la cuestión, cosa de la cual huiría la locura. ¡Por piedad, madre, no derraméis sobre vuestra alma un bálsamo halagador, creyendo que no es vuestro delito lo que os está hablando, sino mi trastorno mental. Eso no haría más que cicatrizar y abrir la úlcera, en tanto que la hedionda gangrena, minando todo el interior del cuerpo lo infectaría solapadamente. Confesáos al cielo, arrepentíos de lo pasado, evitad lo venidero, y no echéis estiercol a la cizaña para darle más vigor. Perdonadme la virtud mía, porque en la grosera sensualidad de estos tiempos, que de puro cebados apenas pueden resollar, la virtud misma ha de pedir perdón al vicio y hasta debe postrarse a sus pies implorando licencia para hacerle algún bien.

REINA ¡Ay, Hamlet, me has partido el corazón!

HAM. Arrojad, pues, vuestra parte peor, y vivid más pura con la otra mitad. Adiós, pero no volváis al lecho de mi tío; procurad revestiros de alguna virtud, si es que la tenéis. Refrenáos por esta noche; eso hará algo más fácil la próxima abstinencia y aún más fácil la siguiente, puesto que la costumbre puede casi cambiar el curso de la naturaleza y domeñar al diablo o arrojarle con poder maravilloso. ¡Adiós, repito! y cuando estéis ansiosa de que os bendiga el cielo, yo acudiré a implorar vuestra bendición. (Señalando a Polonio.) Respecto a este señor, deploro su triste suerte; pero han querido los cielos, para castigarme a mí con él y a él conmigo, que yo fuera el instrumento de su venganza. Voy a ponerle en paraje conveniente, y ya me encargaré de dar plena satisfacción por la muerte que yo le he dado. Otra vez adiós. Fuerza es que yo sea cruel, tan sólo para no ser desnaturalizado. Está visto, malo es el principio, y

peor lo que está por venir. Una palabra más, buena señora.

REINA ¿Qué debo hacer?

HAM. (Con marcada ironía.) Nada absolutamente. (Poniendo un dedo en la boca como indicando silencio.)

REINA Si las palabras están formadas de aliento y el aliento está formado de vida, no tengo yo vida ni aliento para expresar lo que me has dicho.

HAM. Debo partir para Inglaterra, ¿lo sabéis?

REINA ¡Ah! Lo había olvidado. Así está resuelto.

HAM. Hay ciertos pliegos sellados, y mis dos compañeros de colegio, de quienes me fío como de dos víboras, son portadores de órdenes. Ellos son los que han de barrerme el camino y conducirme a un precipicio. (Con ironía.) Mas dejadles hacer, por que ha de ser muy divertido hacer saltar el minador con su propio petardo, y mal irán las cosas si yo no consigo excavar el suelo unos palmos por debajo de su mina y hacerles volar a los dos hasta la luna. ¡Oh! Será lo más delicioso del mundo ver como siguiendo una misma recta, choca un ardid contra otro. (Indicando a Polonio.) Este me obligará a liar los bártulos a toda prisa. Voy a llevar arrastrando sus despojos hasta el cuarto vecino. Madre, buenas noches. (Aparte.) (La verdad es que este consejero está ahora muy quieto, muy callado y muy grave, él que fué en vida bellaco, memo y charlatán. Vamos. (Al cadáver.) Amigo, que hay que llevaros a otra parte. (Alto a la Reina.) ¡Adiós, madre! (Vanse en direcciones opuestas, llevando Hamlet al arrastre el cadáver de Polonio cogido por los pies.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Un pequeño salón del alcázar de Elsenor.

ESCENA PRIMERA

El REY, la REINA, ROSENCRANTZ y GILDERSTERN

REY (A la Reina). Alguna causa tendrán esas congojas y esos profundos suspiros; debéis explicarla. Justo es que sepamos todo esto. ¿En dónde está vuestro hijo?

REINA (A Rosencrantz y Gilderstern.) Dejadnos solos aquí un instante. (Vanse los dos cortesanos.) ¡Ah, mi buen señor! ¡Qué he visto esta noche!

REY ¿Qué habéis visto, pues? ¿Cómo está Hamlet?

REINA ¡Furioso como el mar y el huracán cuando luchan a porfía uno con otro disputando cuál de ellos es más potente! En uno de sus desenfrenados accesos, oyendo agitarse algo detrás del tapiz, tira violentamente de la espada, gritando: ¡Un ratón, un ratón!; y en su loca quimera mata al buen anciano que estaba allí oculto.

REY ¡Oh, que acción más atroz! Igual hubiera hecho conmigo, a encontrarme yo en tal sitio. La libertad de Hamlet está preñada de amenazas para todos, para vos misma, para mí, para todo el mundo. ¡Ah! ¿Qué satisfacción puedo dar acerca de este acto

sangriento? Me achacarán la culpa a mí, que debía, a fuer de previsor, haber atado corto y alejado de todo trato humano a ese loco mancebo. ¿Adónde ha ido?

REINA A retirar el cuerpo del que mató; acto del cual su demencia misma, a semejanza de una pepita de oro entre los metales viles de un filón, muéstrase pura, pues deplora lo sucedido.

REY Gertrudis. En cuanto el sol acaricie la cumbre de las montañas haré embarcar a Hamlet, para que se vaya lejos de aquí. Tocante a su acto inicuo, preciso nos será justificarlo y excusarlo, valiéndonos de toda nuestra regia autoridad y destreza. ¡Hola, Gilderstern! (Entran los dos cortesanos de antes.) Amigos míos: id entrambos a buscar algunos que os ayuden. En su delirio, Hamlet ha dado muerte a Polonio y le ha sacado a rastras del gabinete de su madre. Id en busca de él, habladle con afabilidad y conducid el cadáver a la capilla. Apresuraos, os lo suplico. (Vanse los dos cortesanos.) Gertrudis, quiero convocar a nuestros más expertos amigos, para darles cuenta de lo que intento hacer y de lo que en mala hora ha ocurrido; de esta suerte evitaremos la calumnia.

REINA Quedad con Dios, voy a ver dónde está ahora Hamlet. (Sale.)

ESCENA II

El REY, luego ROSENCRANTZ, GILDERSTERN y varios cortesanos

REY ¡Cuán peligroso es que ese hombre ande suelto! Y sin embargo, conviene que le sometamos aquí al rigor de la ley. Es bienquisto de la multitud insensata que elige,

no con su criterio, sino con sus ojos, y cuando tal ocurre, sólo tiene en cuenta el castigo del ofensor, pero jamás la ofensa. A fin de encaminarlo todo pacíficamente y en debida forma, es necesario que esta repentina marcha parezca obra de madura deliberación. Los males que han llegado a tal extremo, sólo se curan con remedios extremos. (Entra Rosencrantz.) Y bien, ¡qué ha pasado!

ROS. Señor, no hemos podido lograr que nos indique en dónde se halla depositado el cadáver.

REY ¿Pero y él, dónde está?

ROS. Ahí fuera, señor, custodiado hasta saber lo que gustéis mandar.

REY Traedle a mi presencia.

ROS. ¡Hola! ¡Gilderstern, haced entrar al Príncipe! (Entran HAMLET y Gilderstern y algunos cortesanos.)

REY Veamos Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAM. Pues está de cena.

REY ¿De cena? ¿Dónde?

HAM. No donde él come, sino donde se lo comen a él. Cierta asamblea de gusanos, está en estos momentos ocupada con él. El gusano es el único rey en materia de comida; nosotros cebamos a todos los demás animales para engordarnos, con sus carnes, y nos engordamos para cebar a los gusanos. El obeso rey y el escuálido mendigo son sencillamente servicios distintos, dos platos de una misma mesa; he aquí en lo que se viene a parar.

REY ¡Dios mío! ¡Dios mío!

HAM. Un hombre puede pescar con el gusano que ha comido de un rey, y comerse luego al rey que se alimentó con aquel gusano.

REY ¿Qué quieres significar con esto?

HAM. Nada más que mostraros cómo un rey puede hacer un viaje de gala por los intestinos de un pordiosero.

REY ¿En dónde está Polonio?

HAM. Mandad al cielo por él, y si vuestro enviado no le encuentra allá, id vos en persona a buscarle en el sitio opuesto. Pero a decir verdad, si no dáis con él en todo este mes vuestra nariz le descubrirá subiendo por la escalera que conduce al pasillo. (A unos del acompañamiento que se van presurosos.) (A los mismos.)

REY Id a buscarle allí.

HAM. Ya esperará hasta que lleguéis.

REY Hamlet, para tu seguridad personal, este suceso exige que te alejes de aquí en seguida. Por lo tanto, haz tus preparativos. La nave está ya aparejada, el viento es favorable, tus compañeros te están aguardando y todo se halla listo para tu viaje a Inglaterra.

HAM. ¿A Inglaterra?

REY Sí, Hamlet.

HAM. Bueno... ¡Adiós, madre!

REY ¿Y tu amante padre, Hamlet?

HAM. ¡Madre mía! Padre y madre son marido y mujer, marido y mujer son una misma carne. Así, pues, ¡madre mía, adiós! ¡Ea, vamos a Inglaterra! (Vase.)

REY (A Rosencratz y Gilderstern.) Seguidle muy de cerca, instadle a embarcarse pronto, quiero tenerle esta misma noche lejos de aquí. ¡Al avío! Todos los pliegos están sellados ya, y queda terminado todo lo demás concerniente al asunto. Dáos prisa. (Vánse Rosencratz y Gilderstern con los demás.) Todo está preparado en Inglaterra para la muerte inmediata de Hamlet; es menester para que vivamos tranquilos y yo me cure. Hasta que yo sepa que esto se ha realizado, no tendrán principio mis alegrías. (Vase.)

ESCENA III

Una gran sala en el alcázar con vistas a la costa

La REINA y HORACIO. Después OFELIA

REINA No estoy para hablar con ella.

HORA. Es que insta porfiadamente y con seguridad es presa del delirio. ¡Da lástima!

REINA ¿Y qué es lo que pretende?

HORA. Habla mucho de su padre: dice que en el mundo hay muchas felonías, y gime, se da con el puño en el pecho y golpea airadamente el suelo con el pie por la menor futilidad, sus palabras son ambiguas y sólo tienen sentido a medias. Mas a pesar de ello, su mismo desconcierto da mucho que pensar a cuantos la oyen, los cuales forman conjeturas e hilvanan las palabras de ella ajustándolas a sus propios pensamientos. Y en ello puede haber un algo que vagamente se preste a muy maliciosas interpretaciones. Bueno sería hablarla, porque pueden sembrar peligrosos recelos en los entendimientos mal intencionados.

REINA Hacedla entrar. (Vase Horacio y vuelve acompañando a Ofelia. Esta vestida de blanco, el cabello suelto y pulsa las cuerdas de su laud.)

OFEL. ¿Dó está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA ¿Qué tienes, Ofelia?

OFEL. (Cantando.)

¿Cómo al amante
distinguiría?
Por su sombrero
con conchas limpias,
su bordón alto
y su esclavina
y sus sandalias
que ligan cintas.

REINA ¡Querida Ofelia! ¿A qué viene esa trova?

OFEL. Permitidme un momento. Atended:

Ha muerto, señora
ya no está aquí;
una tosca losa
a sus plantas ví
y el cesped del prado
su frente cubrir.

(Riéndose.)

¡Ja, ja, ja!

REINA ¡Pero Ofelia!

OFEL. ¡Oid, oid!

(Canta.)

Tan blanca como la nieve
que tapiza la montaña,
del valle hasta la alta cumbre
es su límpida mortaja.

ESCENA IV

Dichos y el REY

REINA ¡Qué desdicha! ¡Mirad, señor!

OFEL. (Continuando su canto.)

Como paño la vestía
como la nieve del monte,
y al sepulcro la conducen
toda vestida de flores.

REY ¿Cómo estás, gentil doncella?

OFEL. Bien. Dios os lo pague. Cuentan que la lechuza era la hija de un panadero. ¡Dios mío! Sabemos lo que somos, pero no lo que seremos el día de mañana. Dios sea en vuestra mesa.

REY Desvaríos a propósito de su padre.

OFEL. (Con misterio y temor.) Por favor, no digamos una palabra de eso: mas si alguna vez os preguntan lo que significa, decid lo siguiente:

Mañana es la fiesta
de San Valentín.
La aurora despunta,
aquí estoy por fin,
junto a tu ventana
para que la suerte
dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
se viste de gala,
abriendo la puerta
entra la muchacha
que llegando virgen
tal no volvió a casa.

REY ¡Hermosa Ofelia!

OFEL. Mirad, va de veras, sin palabra alguna malsonante voy a terminar esta canción:

¡Pobre de mí, cielos!
que fuí asaz liviana.
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos
le dice indignada.
Antes que en tus brazos
me echara yo incauta
de hacerme tu esposa
me diste palabra.

Pero el galán le contesta. Oid:

Pues ahora te afirmo
que no lo olvidara,
si tú no te hubieras
venido a mi cama.

REY ¿Desde cuándo está así?

OFEL. Yo confío que todo irá bien. Hemos de tener paciencia. (Sollozando.) ¡Pero no puedo menos de llorar pensando que le dejarán allí en la tierra helada! Mi hermano se enterará del caso y así os agradezco vuestro buen consejo. ¡A ver mi carroza! Adiós, señora. Buenas noches, amables señores. Adiós, adiós. (Vase prorrumpiendo en carcajadas convulsivas.)

REY Seguid sus pasos. Vigiladla atentamente.

Os lo ruego. (Vase Horacio) ¡Oh! ese el resultado de un profundo pesar. Todo ello proviene de la muerte de su padre. Y advertid, Gertrudis, que cuando vienen las désdichas no vienen aisladas, sino por legiones. ¡En primer lugar el padre de Ofelia asesinado! Luego la ausencia de vuestro hijo, que con sus violentos arrebatos ha sido el autor de su propio destierro; el pueblo agitado, turbulento y dañino en sus pensamientos y murmuraciones por la muerte del buen Polonio, a quien yo he mandado enterrar a escondidas; además la pobre Ofelia fuera de sí y desposeída de su juicio, sin el cual no somos otra cosa qne autómatas o simples brutos, y finalmente, ha venido secretamente de Francia el hermano de esa infeliz el cual no sale de su asombro, se encierra en nebulosidades, y no faltan maliciosos que le zumban el oído, infectándoselo con habladurías acerca de la muerte de su padre, inventando acusaciones contra mi persona, murmurando de oído en oído. ¡Oh, mi amada Gertrudis! Esto a manera de cañón cargado de metrall, nos hiere en numerosas partes. (Ruido y voces dentro que van aumentando).

REINA ¡Dios mío! ¿Qué estrépito es ese?

REY (Con zozobra). ¡Hola! ¿En dónde están mis Suizos? ¡Que defiendan las puertas! (Entra un gentilhombre). ¿Qué ocurre?

ESCENA V

Los mismos y GENTIL-HOMBRE. Después LAERTES y PUEBLO

GENTIL ¡Salváos, señor! El oceano saltando por encima de sus diques no devora las playas con más impetuosa rapidez que la del joven Laertes a la cabeza de una turba de revoltosos armados, arrollando a vuestra

gente. El populacho le aclama como jefe, olvidando las tradiciones y desconociendo las costumbres: unas y otros sancionan y gritando: *Elijamos nosotros: ¡Laertes será Rey!*... Y gorros, manos y lenguas, aplauden hasta las nubes estos clamores: *Laertes será Rey! ¡Viva Laertes!*

REINA ¡Con qué gusto ladran, siguiendo una falsa pista! ¡Oh! ¡la errásteis vosotros, falsos perros daneses!

REY ¡Rompen las puertas! (Tumulto dentro que aumenta por grados. Entra LAERTES con broquel y casco, espada en mano, seguido del Pueblo).

LAER. ¿En dónde está ese Rey? ¡Amigos, quedáos todos afuera!

PUEBLO ¡No! ¡Entremos!

LAER. Os pido que os retiréis.

PUEBLO Os obedecemos, os obedecemos. (Retíranse detrás de la puerta).

LAER. ¡Gracias, amigos! ¡Custodiad la puerta! ¡Oh! ¡Tú, menguado Rey, devuélveme a mi padre!

REINA ¡Calma, querido Laertes! (Se interpone entre éste y su esposo tratando de aplacar su cólera; se dirige al joven juntando las manos en ademán suplicante, cogiéndole por los brazos, postrándose a sus pies y hamostraciones por el estilo, durante esta escena).

LAER. ¡Si una sola gota de sangre tuviese en calma, me creería hijo espúreo!

REY Pero, ¿cuál es la causa, Laertes, de que tu rebelión tome todas unas apariencias tan gigantescas? (La Reina hace a cada momento esfuerzos para detenerle). Dejad que continúe, Gertrudis; no temáis por mi persona; hay una divinidad que proteje a los reyes.—Dime, Laertes, ¿por qué estás de tal manera exasperado?—Dejadle que prosiga, Gertrudis. —Habla, amigo.

LAER. ¿En dónde está mi padre?

REY Ha muerto.

REINA Pero no a manos de él. (Señalando al Rey).

REY Dejadle preguntar cuanto le plazca.

LAER. ¿Y cómo fué que murió? No quiero que na-

die se burle de mí. ¡Váyase al infierno la fidelidad! ¡Cargue con los solemnes juramentos el más negro de los demonios; desaparezca la piedad! ¡Desafío la condenación eterna! ¡A tal extremo llegué, que no me importan un comino este mundo y el otro! ¡Venga lo que viniere! ¡Lo único que yo anhelo, es tomar la más plena venganza de mi padre!

REY ¿Y quién te lo podrá impedir?

LAER. ¡Mi voluntad, no el Universo entero! y en cuanto a los medios de que dispongo, yo sabré dirigirlos con tal tino, que pronto han de ir muy lejos!

REY Amigo Laertes, ya que deseas saber la verdad, respecto a la muerte de tu querido padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que arrebañándolo todo de un golpe, debas derrocar a la vez al amigo y al enemigo?

LAER. A nadie más que a los enemigos de mi padre.

REY ¿Quieres conocerles, pues?

LAER. A sus verdaderos amigos los recibiré yo así, (Indicándolo con un ademán.) con los brazos abiertos y como el bondadoso pelícano que sacrifica su propia vida, los alimentaré con mi sangre.

REY Perfectamente. Ahora hablas como buen hijo y noble caballero. ¡Que soy inocente de la muerte de tu padre y que por ella siento el más vivo pesar, todo esto penetrará de un modo tan directo en tu entendimiento, como la luz del día en tus ojos!

PLEBEYOS (Dentro.) ¡Dejad que entre!

ESCENA IV

Los mismos y OFELIA que entra caprichosamente vestida y adornada con flores silvestres trayendo en la falda del vestido varias yerbas y flores.)

LAER. ¿Qué acontece? ¿Qué vocerío es ese? ¡Oh! ¡ardiente furor, seca mis sesos! ¡Lágrimas

siete veces salobres, consumid la sensibilidad y virtud de mis ojos! ¡Juro por el cielo que tu locura, será pagada con creces, hasta que el peso del castigo, tuerza el fiel de la balanza! ¡Oh! ¡rosa de Mayo, preciada niña, amorosa hermana, dulce Ofelia! ¡Oh, cielos! ¡Es posible que la inteligencia de una tierna doncella, sea tan deleznable como la vida de un hombre decrépito?

OFEL. (Cantando.)

En féretro lo llevaron
y el rostro le descubrieron
¡Lirili lirilon!
y lágrimas abundosas
sobre su tumba llovieron.

¡Adiós, palomito mío!

LAER. ¡Si estuvieras en tu juicio y me incitaras a la venganza, no me hubiera ello afectado de tal suerte!

OFEL. Habéis de cantar esto:

¡Abajo, abajo con él, y lo echáis abajo!
Y que viene a propósito aquí el estribillo
(Con misterio y temor.)
Es el bribón del mayordomo,
que robó la hija de su amo.

LAER. Esa incoherencia es más elocuente que una cosa bien pensada.

OFEL. (A Laertes.) He aquí romero, que es para la memoria. Acuérdate, amor mío, yo te lo ruego, y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAER. Una enseñanza en medio de la locura, pensamientos y recuerdos, todo acorde.

OFEL. (Al Rey.) Aquí os traigo hinojo y palomillas. (A la Reina.) He aquí ruda para vos, y también un poco para mí. Nosotras podemos llamarla *hierba de la gracia* los domingos. ¡Ah! pero vos habéis de llevarla con distinción. Ahí va una. (Dando una flor a Horacio.) Bien quisiera ofreceros algunas violetas, pero... (Con acento dolorido.) Se marchitaron

todas cuando murió mi padre! Dicen que tuvo buen fin. (Canta.)

Porque el amable y jovial Robertín
ha toda mi alegría.

LAER. ¡Ansias, tormentos, desesperación, infierno mismo, todo lo trueca ella en atractivo y encanto!

OFEL. (Canta.)

Nos deja y se va,
y no ha de volver,
pues que ya murió
no vendrá otra vez.
Su barba era nieve,
su pelo también,
y muy dolorosa
su partida fué.
¡Los cielos piadosos
la gloria le den!

(Deja de cantar, hace una genuflexión.)
A él y a todas las almas cristianas! Conque, señores... ¡Adiós! (Se va lentamente sollozando.)

LAER. Véis esto, ¡oh, Dios!

REY Laertes, preciso es que yo dé explicaciones a tu dolor, o de lo contrario me niegas un derecho. Separémonos un instante, elige entre tus más prudentes amigos los que tú quieras, y ellos nos oirán y juzgarán a los dos. Si de un modo directo, o bien por mano ajena, me encuentran implicado en tal crimen te abandonaré en justo desagravio mi reino, mi corona, mi vida y todo cuanto me pertenezca De no ser así, resígnate a prestarme tu sumisión y los dos obraremos de concierto con tu sentimiento para darle la satisfacción debida.

LAER. Sea como decís. Las circunstancias de su muerte, su obscuro entierro, sin trofeo, espada ni escudo de armas sobre sus restos mortales, sin las suntuosas ceremonias ni la ostentación propia del caso, todo clama con una voz que parece bajar del cielo a

la tierra, diciéndome que yo debo someter este punto a una rigurosa información.

REY Así debes hacerlo, y donde quiera que exista la ofensa caiga allí la fatal sentencia. Acompáñame, te lo ruego. (Vanse.)

MUTACIÓN

ESCENA VII

La misma pieza del alcázar de la escena primera

HORACIO y un CRIADO

HORA. ¿Quiénes son esos que desean hablarme?

CRI. Son gente de mar, señor, dicen tener cartas para vos.

HORA. Hazlos entrar. (Vase el criado.) Ignoro de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, como no sea el Príncipe Hamlet. (Entran unos marineros.)

MAR. 1.º Dios os guarde, señor.

HORA. Guárdete también a ti, El.

MAR. 1.º Aquí os traigo una carta que viene del embajador que estaba destinado a Inglaterra. Es para vos, si vuestro nombre es Horacio, según me han hecho saber.

HORA. (Leyendo.) «Horacio: En cuanto hayas leído estas líneas facilita a esos hombres algún medio para llegar a presencia del Rey, pues tienen pliegos para él. Dos días escasos llevábamos de navegación, cuando nos dió caza un corsario perfectamente armado. Nosotros, viéndonos demasiado inferiores en velámen para escapar, lancéme yo al abordaje, pero en aquel mismo instante los piratas se desasieron de nuestro bajel, de modo que yo solo quedé prisionero de ellos. Se han portado conmigo como ladrones de buen corazón, pero bien sabían

ellos lo que hacían. Estoy obligado a prestarles un buen servicio. Haz que lleguen a manos del Rey los pliegos que le envío, y luego ven a verme con tanta prisa como si huyeras de la muerte. Tengo que comunicarte al oído algunas palabras que te dejarán mudo de asombro, y eso que aun serán harto leves para lo que requiere el asunto. Esa buena gente te conducirá al sitio donde yo me hallo. Rosencrantz y Gilderstern prosiguen su travesía á Inglaterra. Acerca de ellos mucho tengo que contarte. Adiós. Ya sabes que es siempre tuyo.—Hamlet.» (A los marineros.) Venid; voy a indicaros el medio para que lleguen a su destino esas cartas, y daos toda la prisa posible a fin de guiarme pronto hacia dónde está aquel de parte de quien las habéis traído. (Vanse.)

ESCENA VIII

Entran el REY y LAERTES

REY — Es menester, ahora que tu conciencia selle mi descargo, y que me concedas un sitio dentro de tu corazón en calidad de amigo desde el momento que has escuchado que aquel que dió muerte a tu padre, atentaba a mi vida.

LAER. — Notorio parece. Mas decidme; ¿por qué no obrásteis en justicia contra estos actos tan criminales y tan punibles, como a ello debían impulsaros poderosamente vuestra seguridad, vuestra grandeza, vuestra prudencia, todo en fin?

REY — ¡Oh! Por dos especiales razones, que acaso te parecerán muy débiles, pero que para mí son poderosas. La Reina, su madre, no vive casi más que por mis ojos; y en cuanto a mí, sea esto una virtud mía, o una

fatalidad, está ella tan estrechamente ligada a mi vida, y a mi alma, que de igual modo que el astro no puede moverse sino en su órbita, yo no podría moverme sin ella! El otro motivo porque no pude apelar a un juicio público, dada la grande estimación que le profesa el pueblo, el cual baña todas las faltas del Príncipe en su cariño, a semejanza de aquella fuente que trueca el leño en piedra y hubiera convertido sus grillos en objetos de veneración.

LAER. Pero en tanto yo he perdido un noble padre y tengo una hermana reducida á una situación desesperada: ella, cuya excelencia se levantaba en lugar preeminente de todo este siglo, reclamando la superioridad por sus raras perfecciones. ¡Pero ya llegará mi venganza!

REY No turbes tu sueño por tal motivo. No imagines que yo esté hecho de una materia tan floja e insensible que sufra que me hagan temblar con un peligro y lo tome a diversión. Presto sabrás cosas mayores. Yo amaba a tu padre, tú y yo nos queremos bien, y esto, según confío, te dará a entender... (Entra un Mensajero.) ¿Qué ocurre? ¿Qué nuevas hay?

MENS. Señor, hay carta del Príncipe Hamlet. Esta es para vuestra majestad y esta otra para la Reina.

REY ¿De Hamlet? ¿Quién las ha traído?

MENS. Señor, unos marineros, según dicen; yo no los he visto. Estas cartas me han sido entregadas por un criado que las recibió de manos del portador.

REY Laertes, vas a oir lo que dicen. (Al Mensajero.) Puedes retirarte. (Vase el Mensajero.) (Leyendo.) «Alto y poderoso señor: Sabrás que me han plantado desnudo en vuestro reino. Mañana solicitaré permiso para presentarme ante vuestra real persona y, entonces, después de pediros licencia para ello, os

relataré el motivo de mi inesperado y aun más extraño regreso.—*Hamlet.*»—(Con marcada sorpresa.) ¿Qué significa eso? ¿Habrán vuelto también todos los demás, o es que todo ello es una farsa y no hay nada de semejante cosa?

LAER. ¿Conocéis la letra?

REY La letra es de Hamlet. . *¡Desnudo!...* Y en esta posdata añade: *Sólo.* ¿Puedes tú explicarme ese misterio?

LAER. Confuso estoy, señor. Mas dejad que venga. Reanima mi corazón profundamente abatido la idea de poder yo cogerle y decirle: *¡Mira lo que hiciste!*

REY A ser ello así, ¿quieres tú dejarte guiar por mis consejos?

LAER. Ciertamente, señor, con tal que no me encaminéis imperiosamente a la paz.

REY A tu propia paz. Si él se halla ahora de vuelta, por haber tomado una dirección distinta y se resiste a emprender de nuevo tal viaje, le armaré una asechanza en la cual no podrá menos de secumbir. Por su muerte no se levantará la menor recriminación, antes al contrario, su propia madre nada sospechará de semejante estratagema, considerando la cosa como un hecho puramente casual.

LAER. Señor, pronto estoy a ponerme bajo vuestra dirección y con mejor voluntad aun, si idearáis esa traza de modo que yo mismo fuera instrumento de ella.

REY Precisamente. Desde tu viaje hase hablado mucho de ti, oyéndolo Hamlet, con motivo de una habilidad en la cual, según voz públida, tú te distingues sobremanera. Todas tus dotes reunidas no excitaron en él tanta envidia como aquella sola que, en mi consideración ocupa el ínfimo lugar.

LAER. ¿Qué dote es esa, señor?

REY Aquí un caballero de Normandía vino hace poco, y nos contó...

LAER. ¿Era normando?

REY Normando era.

LAER. ¿Sería Lamond?

REY El mismo.

LAER. Muy bien le conozco. Es con seguridad la joya y el principal ornamento de toda su nación.

REY Se espontaneó acerca de ti, haciendo una relación tal de tu consumada maestría en el arte y ejercicio de la esgrima y muy particularmente en el manejo de la espada de punta, y dijo que sería en verdad, un raro espectáculo el verte esgrimir, si alguien hubiera capaz de competir contigo. Los esgrimadores de su país,—juraba él—no tenían golpe, parada, ni ojo, cuando tú te ponías enfrente de ellos. Amigo mío, la declaración que hizo ese caballero, intrigó de tal modo a Hamlet con su envidia, que éste no hacía más que anhelar y pedir tu pronto regreso, para medirse contigo en un asalto Pues bien, sacando partido de esto... (Breve pausa.)

LAER. ¿Qué partido hay que sacar, señor?

REY (Con marcada transición.) Dime Laertes, ¿querías de veras a tu padre?

LAER. ¿Por qué me lo preguntáis?

REY No es que yo imagine que tú no amabas a tu padre, sino que entiendo que si bien el tiempo engendra el cariño, veo yo en sucesos de experiencia, que el tiempo también amortigua lo chispa y el fuego de este sentimiento. Pero vamos a la parte viva de la llaga. Hamlet está de vuelta ¿Qué estás dispuesto a hacer para mostrarte digno hijo de tu padre, con hechos mejor que con palabras?

LAER. Degollarle, aun que fuera dentro de una iglesia.

REY A decir verdad, ningún sitio debiera ser bastante sagrado para refugio de tal asesino; la venganza no debiera encontrar obs-

táculos. Pero, querido Laertes, si tienes voluntad de hacer lo que yo te indicaré, enciérrate en tu habitación. Cuando llegue Hamlet, se enterará de que tú has regresado; yo le mandaré algunas personas que encarecerán tu supremacia y aumentarán con nuevo lustre, la celebridad que te dió el francés. Por fin, os pondré a los dos frente a frente, y haremos apuestas en favor de uno y otro. El siendo confiado, en extremo y ajeno a todo ardid, no examinará los estoques (1) y, así con facilidad, o con un poquito de astucia, puedas tú elegir un arma, cuyo botón esté flojo... (Guiñando el ojo.) y con una hábil estocada, le das su merecido por la muerte de tu padre.

LAER. Haré cuanto decís, y a tal intento quiero hasta envenenar la espada. Compré a un alquimista cierto ungüento tan mortífero que con solo bañar en él la punta de un cuchillo, ningún emplasto compuesto de todas las hierbas que tienen virtud por influencia de la luna, puede salvar de la

---

(1) Hay que advertir que es una solemne barbaridad el traducir «Stock» por florete, y hacer que Hamlet y Laertes se desafíen con floretes, cuando el florete es arma modernísima que deriva del espadín Luis XV. El estoque en la segunda mitad de la Edad Media y durante el Renacimiento, era una espada de hoja de acero sumamente dura, que tenía en su parte superior unos tres centímetros de ancho, acabando en punta aguda. Tenía el pomo redondo y plano, una guarda en forma de cruz con un anillo en el centro de la pomada. Estas espadas eran bastante largas de hoja, y la sección de ésta era triangular. Así en una sola vaina iban dos por ser iguales, cada cual con el anillo hacia fuera. La vaina era cuadrangular, y el heraldo presentaba ambas, tirando cada combatiente de una de ellas. En España se usó este desafío en tiempo del emperador Carlos V; y las espadas esas de medio lazo, en España se llamaban «Estocadas», teniendo gran fama por su fabricación, algunos armeros de Valencia; de modo que el desafío de Hamlet con Laertes, debe ser con espadas de medio lazo, esgrimidas de punta y sin tajo.

muerte a quien tal cuchillo produzca un simple rasguño. Yo ungiré con esta ponzoña la punta de mi acero, de suerte que si llega a rozar no más al Príncipe, esto le da la muerte.

REY Reflexionemos sobre esto con mayor detenimiento y consideremos qué oportunidad así de tiempo como de medios puede convenirnos para nuestro plan. Si este fallara, y por alguna torpeza en su ejecución se traslucieran nuestros designios, mejor fuera no haberlo intentado. Es preciso pues que este proyecto vaya seguido de otro de reserva que le apoye o sea un auxiliar que pudiese valernos en el caso que el primero no resultara en la prueba. Un momento. ¿A ver? Haremos una apuesta en toda forma sobre vuestra respectiva destreza. ¡Ah! Ya doy con ello. Cuando en el ardor de la contienda os halléis acalorados y sedientos. procurando tú, a este fin, dar a los ataques toda la violencia posible—yo lo tendré dispuesto oportunamente, para cuando él pida de beber, una copa, que con sólo humedecer en ella los labios si él por ventura escapa a tu venenosa estocada, nuestros designios triunfen allí.—Pero silencio. ¿Qué rumor es ese?

ESCENA IX

Dichos y la REINA que entra sollozando.

HAM. ¿Qué acontece, amada Reina?

REINA Una calamidad pisa los talones de la otra. Tan de cerca se suceden. ¡Tu hermana se ha ahogado, Laertes!

LAER. ¿Ahogada? ¡Oh! ¿Dónde?

REINA Inclinado sobre un riachuelo elévase en

la orilla un sauce que refleja su follaje en la corriente cristalina. Allí se encaminó Ofelia, llevando caprichosas guirnaldas. Trepando por el pendiente ramaje para colgar allí su corona de flores silvestres, una rama medio desgajada se tronchó, y al punto la infeliz Ofelia juntamente con sus agrestes trofeos, cayó en el río. Sus ropas huecas y extendidas, la sostuvieron a flote, semejante a una ninfa de las aguas por breve espacio, durante el cual cantaba ella fragmentos de antiguas canciones, mas las vestiduras una vez mojadas, interrumpieron aquellas dulces melodías arrastrando a la infeliz hasta el fondo cenagoso en donde halló obscura muerte.

LAER. ¡Ay de mí! ¿Entonces ha perecido ahogada?

REINA ¡Ahogada, sí, ahogada!

LAER. ¡Atajar quiero mis lágrimas que sobra de agua tienes ya, pobre Ofelia! (Sollozando.) Pero con todo esa es una viciosa costumbre nuestra. La naturaleza se aferra a sus hábitos, por más que diga la vergüenza. Cuando hayan cesado estas lágrimas, no quedará en mi rastro alguno de mujer. Adiós, señor. Tengo palabras de fuego que despedirían llamas si este torpe llanto nó las sofocara. (Vase.)

REY Sigámosle, Gertrudis. ¡Cuánto trabajo me costó aplacar su furor! Y mucho temo ahora que este suceso lo haga estallar de nuevo. ¡Sigámosle, pues!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Un cementerio en el campo contiguo a una iglesia
Es la caída de la tarde de un día de primavera

ESCENA PRIMERA

Dos sepultureros con azadones, piquetas, etc., llevando uno de ellos un farol en la mano. Pronto HAMLET y HORACIO

SEPUL. 1.º ¿Y ha de sepultarse en tierra sagrada quien voluntariamente deja la vida?

SEPUL. 2.º Te digo que sí y, por lo tanto, hazle en seguida la fosa. El comisario ha practicado sus diligencias sobre el caso, y ha dispuesto que den al cadáver sepultura cristiana.

SEPUL. 1.º Pero, ¿cómo diablos puede ser eso, a menos que ella se haya ahogado en defensa propia?

SEPUL. 2.º Pues así lo han juzgado.

(Entran HAMLET y HORACIO embozados, quedándose a cierta distancia.)

SEPUL. 1.º (Al segundo.) Hazme un favor. Anda, llégate a casa de Juanón y tráeme una copa de aguardiente. (Vase el Sepulturero 2.º El primero se pone a cavar y canta.)

«Yo ame cuando yo era joven
y muy dulce lo juzgué;
mas vaya al diablo casarse
que no me estuviera bien.»

HAM. No tendrá conciencia de su oficio ese hombre que canta mientras está abriendo una huesa!

HOR. La costumbre le ha familiarizado con su profesión.

HAM. Es verdad. La mano que menos trabaja es la que tiene el tacto más delicado.

SEPUL. 1.º (Cantando.)

Mas la vejez en la tumba
me hundió para siempre. Amén.

(Saca una calavera.)

HAM. Aquella calavera tenía lengua y podía cantar en otro tiempo. ¡Cómo la tira ese bergante contra el suelo cual si fuera la quijada conque Caín cometió el primer homicidio! ¡Acaso la que está zarandeando ahora ese bruto, sea la testa de un intrigante que con sus amaños pretendía engañar hasta a Dios!

HOR. Bien podría ser, señor.

HAM. O tal vez sea la cabeza de un cortesano, que sólo sabía decir: *Felices días, queridísimo señor. ¿Cómo estáis, mi amable Príncipe?* (El sepulturero va sacando sucesivamente otros cráneos.) Este era quizás el señor de Tal, que hacía mil elogios del caballo del señor de Cual cuando tenía intención de pedírselo.

HOR. Seguramente, señor.

HAM. ¡Vaya si lo es! Y ahora está en poder de la señora podredumbre, descarnada la boca y aporreados los cascos con el azadón de un sepulturero. Hete aquí una linda mudanza si nosotros tuviéramos perspicacia bastante para verla, cuánto costó el formarse los huesos no más que para jugar a bolos con ellos! Los míos me duelen sólo al pensarlo.

SEPUL. (Cantando.)

Un pico y un azadón
y que le envuelva una sábana,
¡Ah!

y un hoyo cavado en tierra
a tal huésped bien le cuadra.

(Saca otra calavera.)

HAM. He aquí otro. ¡Quién sabe si este es el cráneo de un legista! ¿Dónde están ahora sus capciosidades y triquiñuelas, sus litigios, sus enfiteusis y sus artimañas? ¿Cómo sufre ahora que ese zafio majadero con su pala inmunda no le deje hueso sano en la mollera, sin poder querellarse contra él por su acto agresivo? ¡Hum! Este sería tal vez en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus seguros, sus resguardos, sus dominios, sus dobles garantías y sus derechos de recuperación. He aquí el fin de sus fines y la recuperación de sus recuperaciones: tener su sesera atestada de tierra. (A Horacio.) Dime tú, ¿no se hace de piel de carnero el pergamino?

HOR. Ciertamente, señor, y también de piel de ternera.

HAM. Pues tan estúpidos como los carneros y las terneras, son los que fundan su seguridad en un pedazo de dicha piel. Voy a hablar a ese tío. ¿De quién es la sepultura esa, buen hombre?

SEPUL. 1.º Mía, señor. (Canta.)

¡Ah!
y un hoyo cavado en tierra.
a tal huésped bien le cuadra.

HAM. Sí, ya me figuro que es tuya puesta que ahora estás dentro de ella.

SEPUL. 1.º Vos estáis fuera de ella, señor, y de consiguiente no es vuestra. En cuanto a mí, no estoy echado en ella y sin embargo es mía.

HAM. Pues mientes al decir que esa fosa es tuya, estando tú en ella. Esa fosa es para un muerto y no para un vivo; por lo tanto mientes.

SEPUL. 1.º ¡Esa mentira si que es viva, señor, ahora se escapa otra vez, yendo de mí a vos!

HAM. ¿Para qué hombre cavas esa fosa?

SEPUL. 1.º Para ningún hombre, señor.

HAM. Bueno, ¿para qué mujer?

SEPUL. 1.º Tampoco es para ninguna mujer.

HAM. ¿Pues quién ha de ser enterrado en ella?

SEPUL. 1.º Una que era mujer, pero Dios en su santa gloria la tenga, ya no es.

HAM. (A Horacio.) ¡Qué nimio es el muy taimado! Hay que hablarle midiendo las palabras con un compás o de lo contrario nos aplasta con un equívoco. ¡Por Dios! Desde unos tres años acá, lo he observado bien, Horacio, nuestro siglo ha ido refinándose hasta tal extremo, que la punta del pie del rústico, llega tan cerquita del talón del cortesano, que desuella sus sabañones. (Al sepulturero.) ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPUL. 1.º ¡Me meti a este oficio, el día en que nuestro último rey Hamlet venció a Fortimbrás!

HAM. ¿Cuánto tiempo hará de eso?

SEPUL. 1.º ¿No lo sabéis? Si no hay tonto de capirote que no lo sepa. Eso fué el mismo día que nació el joven Hamlet, aquél que está chiflado y lo mandaron a Inglaterra.

HAM. (Disimulando una sonrisa.) Hombre, ¿y por qué lo mandaron a Inglaterra?

SEPUL. 1.º Nada, porque estaba loco; allí recobrará el juicio, y si no lo recobra no importará esto gran cosa, en aquel país.

HMA. ¿Y eso?

SEPUL. 1.º Porque nadie lo echará de ver; todos son tan locos como él.

HAM. ¿Y cómo fué lo de volverse loco?

SEPUL. 1.º De una manera muy extraña, según dicen.

HAM. ¡De una manera extraña! ¿Cómo?

SEPUL. 1.º ¡Toma! perdiendo el seso.

HAM. ¿En qué punto?

SEPUL. 1.º En este mismo punto de Dinamarca. Pues como decía, yo he sido enterrador aquí durante treinta años.

HAM. ¿Cuánto tiempo puede estar un hombre enterrado sin corromperse?

SEPUL. 1.º A decir verdad, si no está podrido antes de morirse, vendrá a durar ocho o nueve años; un curtidor os durará nueve años.

HAM. ¿Y por qué dura él más que otro?

SEPUL 1.º ¡Toma! porque su pellejo está de tal modo curtido por razón de su oficio, que resiste mucho tiempo al agua, y el agua es un terrible destructor de todo muerto. (Cogiendo del suelo una calavera.) Aquí tenéis una calavera. Esta calavera ha estado metida en tierra veinte y tres años.

HAM. ¿De quién era?

SEPUL. ¡De un hideputa más loco!... ¿De quién diríais

HAM. ¡Cómo he de saberlo!

SEPUL. Mal tabardillo le dé por loco, ¡tunante! Un día me tiró por la cabeza una botella de vino del Rhin... Pues señor, esta misma calavera que véis, es la calavera de Yorik, el bufón del Rey.

HAM. (Con viva sorpresa). ¿Esta?

SEPUL. Esta misma.

HAM. Deja que yo la vea. (Coje la calavera). ¡Ah! ¡pobre Yorik! Yo le conocí, Horacio; era un muchacho de un gracejo inagotable y de una fantasía portentosa. Mil veces me llevó a cuestas y ahora, ¡qué asco y qué horror siento al recordarlo! A su vista se me revuelve el estómago. Aquí pendían aquellos labios que me besaron no sé cuantas veces... ¿Qué se hicieron tus chanzas, tus piruetas, tus cantares y tus explosiones de buen humor, que solían hacer prorrumpir en ruidosas carcajadas a los comensales? Nada, ¡ni un sólo chiste siquiera para burlarte de tu propio visaje! ¡Vete, vete ahora al tocador de la Reina, y dile que aunque se ponga dos dedos de afeite en el rostro, vendrá forzosamente a tener esa misma traza. A ver si la haces reir con eso!...— Dime una cos^, Horacio.

HORA ¿Cuál, señor?

HAM. ¿Crees tu que Alejandro el Grande tendría esta facha debajo de tierra?

HORA. Exactamente la misma.

HAM. ¿Y apestaría así también? ¡Puf! (Tira la calavera).

HORA. De igual manera, señor.

HAM. A qué viles usos podemos venir a parar Horacio. ¿Por qué no podría la imaginación seguir punto por punto las augustas cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de un tonel?

HORA. Sería considerar con excesiva minuciosidad el presentar de tal modo la cuestión.

HAM. ¡No a fe, ni en lo más mínimo! No hay más que seguir a tal personaje hasta aquel extremo sin caer en exageraciones que perjudicarían la verosimilitud procediendo de de esta suerte. Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro volvióse polvo, el polvo es tierra, de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podían hacer un tapón para un barril de cerveza? «Una vez muerto el César majestuoso convertido en polvo pudo tapar el agujero de un muro para impedir que el aire penetrara. ¡Oh! ¡que una arcilla tal tuviese al mundo sumido en el temor para ir a remendar luego grietas de una pared!» Pero, ¡silencio! ¡silencio! Apartémonos. ¡Aquí llega el Rey!

ESCENA II

A los acordes de una marcha fúnebre y al sonido de las campanas doblando a muerto, entran con paso lento y procesionalmente monaguillos y sacerdotes etc, el cadáver de Ofelia vestido de blanco y coronado de flores llevado en andas por cuatro jóvenes siguen el cadáver, LAERTES de riguroso luto y varias plañideras. Después el REY, la REINA con su séquito, guardias, pajes, llevando antorchas, etc.

HAM. (Continuando.) ...y la Reina y la corte! ¿Quién será ese a quien acompañan? ¡Y con un ceremonial tan deficiente! Esto es claro indicio que el difunto, al cual siguen con mano desesperada, puso fin a su existencia. Y era persona de calidad. Escondámonos un instante y atendamos. (Retírase con Horacio.)

LAER. (Al Sacerdote.) ¿No hay ninguna ceremonia más?

HAM. (En voz baja a Horacio). Aquel es Laertes, un joven nobilísimo. Observemos.

LAER. ¿No hay otra ceremonia, digo?

SACER. Sus exequias se han celebrado con toda la solemnidad que nos era permitida. Su muerte fué sospechosa, y a no mediar una orden superior, que tiene más fuerza que la regla establecida, hubiera ella sido colocada en tierra profana hasta que sonara la trompeta del Juicio final, y en vez de piadosas preces se habrían arrojado sobre ella escombros, piedras y guijarros; no obstante, se le han concedido sus coronas virginales, la lluvia de flores, cual corresponde a una doncella, y el ser conducida a la última morada para recibir sepultura al clamor de las campanas.

LAER. ¿Conqué nada más queda por hacer?

SACER. Nada más. Profanaríamos los ritos funerales cantando un solemne responso e implorando para ella el descanso eterno, como se hace por las almas de aquellos que mueren en la paz del Señor.

LAER. (A los sepultureros.) ¡Colocadla en tierra, y que de su bella e inmaculada carne broten fragantes violetas! Y a ti, sacerdote brutal, te advierto que mi hermana será un angel bienechor mientras tú estarás bramando en los infiernos.

HAM. (Con angustia.) ¡Cómo! ¡La hermosa Ofelia!

REINA (Desparramando flores sobre el cadáver y con voz entrecortada por los sollozos.) ¡Galas a la tierna gala! ¡Adiós! ¡Adiós!... ¡Yo esperaba que

de mi Hamlet esposa serías! ¡Pensé, dulce niña, adornar tu lecho nupcial con estas flores y no esparcirlas sobre tu sepultura! (Rompiendo a llorar.)

LAER. (Con exaltación.) ¡Oh! Qué una triple calamidad caiga diez veces triplicada sobre la cabeza de aquel cuyo único proceder te despojó de tu sublime razón! (A los sepultureros.) No echéis tierra todavía sobre ella. Esperad un momento hasta haberla yo estrechado una vez más en mis brazos. (Salta dentro de la fosa y abraza el cadáver.) Amontonad ahora tierra y más tierra sobre el vivo y la difunta hasta convertir este llano en un monte que descuelle sobre el gigantesco Pelión o las celestes alturas del Olimpo.

HAM (Adelantándose.) ¿Quién es ese, cuyo dolor se muestra con tan enfático acento y cuyas palabras de duelo conjuran a los errantes astros, obligándoles a detener su curso, como oyentes heridos de estupor? ¡Héme aquí; soy Hamlet, el danés! (Arrójase dentro de la fosa.)

LAER. ¡El demonio lleve tu alma! (Asiendo a Hamlet por el cuello.)

HAM. Mal modo de rezar. Quita tus dedos de mi cuello, pues aun que no soy iracundo ni arrebatado, hay en mí algo de peligroso, que es bien que tu prudencia tema. (Luchan a brazo partido los dos.)

REY ¡Separadlos!

REINA ¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS ¡Señores!

HORA. ¡Sosegaos, querido Príncipe! (Algunos del acompañamiento separan con dificultad a los adversarios y éstos salen fuera de la fosa.)

HAM. Ea, yo quiero por esta causa luchar con él hasta que mis párpados dejen de moverse.

REINA ¿Qué causa, hijo mío?

HAM. Yo amaba a Ofelia; cuarenta mil hermanos que ella tuviera, con todo su amor junto, no podrían igualar al mío. (A Laertes con exal

tación creciente.) ¿Dí que estás dispuesto a hacer por ella?

REY — ¡Oh, está delirando, Laertes!

REINA — ¡Por amor de Dios, sed indulgentes con él!

HAM. — ¡Voto a tal! ¿Dime qué intentas hacer? ¿Quieres llorar? ¿Quieres batirte? ¿Quieres privarte del sustento? ¿Quieres hacerte pedazos? ¿Quieres saciarte de vinagre o devorar un cocodrilo? Pues todo eso haré yo. ¿Has venido aquí para lloriquear, o para provocarme, arrojándote a la tumba de Ofelia? Hazte sepultar vivo con ella, y yo haré otro tanto; y ya que a tontas y a locas estás hablando de montañas, deja que sobre nosotros echen millones de acres de tierra, hasta que el espacio que ocupamos llegue a tostar su cumbre en la región ardiente y a su lado el monte Ossa quede tamañito como una berruga. ¡Y si te empeñas en vociferar, yo gritaré tanto como tú!

REINA — Eso es puro frenesí, y de tal suerte el paroxismo obrará sus efectos en él durante un breve espacio; pero despues pacífico quedará sumido en el silencio y el abatimiento.

LAER. — ¡He de mataros!

HAM. — ¿Qué razones os mueven a tratarme de tal suerte? Yo siempre os tuve afecto, pero no importa; pues por más que haga el mismo Hércules, y mal que le cuadre, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. (Vase.)

REY — Horacio, amigo, no le abandones, te lo ruego. (Vase Horacio. A Laertes.) Fortalece tu paciencia en nuestra plática de esta última noche. Vamos a activar ahora mismo nuestro asunto. Querida Gertrudis, haced que vigilen a vuestro hijo. Esta tumba tendrá un monumento viviente. (Aparte.) (Bien pronto veremos llegada la hora del sosiego. Hasta entonces, paciencia. (Vase.)

MUTACIÓN

ESCENA III

Un gran salón del alcázar con dos sillones góticos, dorados, bajo dosel sobre un pequeño tablado. Varios asientos y una mesa en la parte baja.)

HAMLET y HORACIO

HAM. (Mostrando unos pliegos.) Basta ya de este, amigo mío. Ahora vas a ver el otro. ¿Te acuerdas de todo el suceso?

HORA. Recordádmelo, querido Príncipe.

HAM. Salí, pues, de mi camarote arrebujado en mi tabardo de marino, andando a tientas en la obscuridad en busca de mis dos compañeros de viaje, que estaban profundamente dormidos. Eché mano a su legajo de papeles y, por fin, retiréme a mi camarote. A la luz de una linterna abrí su principal despacho y en él encontré, Horacio amigo, ¡oh, bribonada regia! una orden terminante, apoyada con muchas y diversas clases de razones concernientes a la salud de Dinamarca y de Inglaterra, pintando mi vida plagada de tales crímenes y vicios... en fin, una orden de que apenas leída la comunicación, sin demora alguna y sin detenerse tan siquiera en afilar el hacha, me cortasen la cabeza!

HORA. ¿Es posible?

HAM. Aquí está el despacho; léelo con mayor detenimiento. ¿Pero sabes cómo me las compuse?

HORA. Decídmelo, os lo ruego.

HAM. Viendo que por todas partes me tendían pérfidos lazos, sentéme, e inventé un nuevo despacho, escribiéndolo con la mayor pulcritud. ¿Deseas saber el sentido de lo que escribí?

HORA. Sí, mi buen señor.

HAM. Pues una instancia apremiante del Rey en la cual exponía que siendo Inglaterra su fiel tributaria y debiendo florecer el afecto entre ambos e importando la paz y la unión y así por el estilo otras muchas razones de más peso que el que podría resistir una acémila, en cuanto viera y conociera el contenido de ese documento, sin más deliberación, grande o pequeña hiciera dar muerte inmediatamente a los portadores sin darles tiempo siquiera para recibir la santa absolución.

HORA. ¿Y cómo sellásteis el despacho?

HAM. Ahora verás. Yo tenía en mi escarcela el sello de mi padre, que era una reproducción del auténtico sello de Dinamarca; doblé el pliego en igual forma que el otro, lo firmé imitando la firma de mi tío, lo sellé y lo puse cautelosamente en su sitio, sin que se notara la substitución. Al día siguiente ocurrió nuestro combate naval, y de lo que sucedió después, ya estás tú enterado.

HORA. ¿Conque Gilderstern y Rosencrantz corren a su fin?

HAM. ¿Qué quieres, amigo mío? Ellos mismos solicitaron con empeño esta comisión. Mas estoy en extremo pesaroso, amigo Horacio, de haber faltado a Laertes olvidándome de quien soy, pues por la imagen de mi causa veo yo el triste cuadro de la suya. Solicitar quiero su afecto. Hablándote con franqueza, los impulsos del sentimiento me pusieron en un estado de violenta sobreexcitación que...

HORA. ¡Silencio! ¿Quién se dirige aquí? (Entra Osrich.)

OS. (Con expresión ridículamente afectada.) ¡Con felicidades mil, haya llegado vuestra señoría de retorno a Dinamarca!

HAM. (Remedándole.) Os doy rendidas gracias, caballero. (Aparte a Horacio.) ¿Conoces tú a ese danzante?

HORA. No, mi Príncipe.

HAM. Pues te hallas en estado de gracia, porque es un pecado conocerle. Posee muchas y fértiles tierras. Como un animal sea señor de animales, tendrá su pesebre en la mesa del Rey. Es un patán adinerado que charla como una urraca, pero como te digo, inconmensurable en la posesión de estiércol.

OS. Amabilísimo señor, si vuestra Señoría tuviese un momento de ocio, le comunicaría una cosa de parte de Su Majestad.

HAM. Yo la acogeré, caballero, con toda la solicitud de mi alma. Mas aplicad vuestro sombrero a su debido uso; es para la cabeza.

OS. Rindo infinitas gracias a vuestra Señoría. Hace mucho calor.

HAM. No tal, creedme, hace mucho frío; el viento es del Norte.

OS. En efecto, señor, hace un frío bastante regular.

HAM. Sin embargo, paréceme que hace un calor muy bochornoso y sofocante, o es que mi complexión...

OS. ¡Oh! Sofocante en extremo, señor; el tiempo es bochornoso en sumo grado, como si dijeramos... no sé como expresarlo. Mas, señor, Su Majestad me ha rogado significaros, que ha hecho una considerable apuesta en favor vuestro. He aquí, señor, de que se trata.

HAM. Pero os suplico recordéis... (Instándole a cubrirse.)

OS. No a fe, mi bondadoso señor; es por comodidad, os lo aseguro. Pues señor, aquí está recién llegado a la corte, Laertes. Es un cumplido caballero, de amabilísimo trato y de noble presencia. En verdad y hablando en términos expresivos, es el archivo de la cortesanía, por cuanto en él encontraréis la suma de todas las partes, que desear pueda toda persona bien nacida.

HAM. Su diseño, señor mío, no sufre menoscabo alguno en vuestros labios; a guisa de inventario aturdiría la aritmética de la memoria, y ésta no haría sino dar guiñadas, quedándose a la zaga de tan velera nave. Mas dentro de la verdad del encomio, le considero yo una persona de revelantes prendas.

OS. Vuestra Señoría habla de él, de la manera más infalible.

HAM. Pero sepamos, caballero, ¿a qué fin me habláis de ese hidalgo?

OS. ¿De Laertes?

HORA. (Aparte a Hamlet.) (¡Su mente está ya vacía. Se han agotado todas sus frases de relumbrón!)

HAM. Del mismo, señor mío.

OS. Entiendo que no ignoráis...

HAM. ¿Qué?

OS. Yo quiero significar, señor, a vuestra excelencia, que no ignora su destreza respecto a las armas, pues según la fama, le atribuyen que no hay quien le iguale en su habilidad consumada.

HAM. ¿Y qué arma es la suya?

OS. Espada y daga.

HAM. Eso son dos armas; pero lo mismo da.

OS. El Rey ha apostado con él, seis caballos berberiscos; contra los cuales Laertes ha aventurado—según he sabido,—seis espadas y dagas francesas, con sus correspondientes accesorios, tales como talabarte, soportes y demás. Tres de los talabartes tienen los soportes de un gusto muy exquisito y harmonizan muy bien con la empuñadura del arma, siendo sumamente primorosas y de refinadísima fantasía.

HAM. Pero ¿a qué llamáis soportes?

OS. Los soportes, señor, son los colgantes.

HAM. Tal expresión paréceme significar más bien cureña o cosa así, y se hermanaría mejor con lo que decís, si lleváramos un cañón

al cinto; así es preferible llamarlos colgantes. Pero vamos al caso. Seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas con sus anexos y de refinada fantasía. Tal es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Y por qué se *aventura*,-según decís vos-todo eso?

OS. El Rey, señor, ha apostado que en una docena de golpes entre vos y Laertes, vuestro adversario no os aventajaría en más de tres botonazos; y Laertes ha apostado que os tocaría de doce veces las nueve, y procederíamos a una prueba inmediata, si vuestra Alteza se dignase dar respuesta.

HAM. ¿Y si me negara?

OS. Quiero decir, señor, si deseáis presentaros en persona como contendiente en la prueba.

HAM. Caballero, voy a pasearme por el salón. Si su Majestad lo tiene a bien esta es para mí una hora de esparcimiento. Tráiganme los estoques, y dado que consienta en ello ese hidalgo, de persistir el Rey en su propósito, yo le haré ganar la apuesta, si puedo; de lo contrario no ganaré yo más que mi humillación y unos cuantos botonazos por añadidura.

OS. ¿Es así como transmitiré vuestra decisión?

HAM. Con arreglo a este sentido, caballero; por lo demás, adornadla con todos los floreos que sean de vuestro agrado.

OS. Recomiendo mis respetos a vuestra señoría.

HAM. Siempre vuestro. (Vase Osric, saludando ceremoniosamente.) Bien hace en recomendarse él mismo. No se encontraría ninguna otra lengua que lo hiciera por él.

HORA. Parece avefría que echa a correr con la cabeza metida todavía en el cascarón.

HAM. Yo creo que éste haría ya mil ceremonias al pezón antes de mamar. (Entra un Gentilhombre.)

GENT. Señor, Su Majestad os ha transmitido sus

recuerdos por conducto del joven Osric, quien de vuelta, le ha comunicado que vos le estábais esperando en este salón, y me envía a saber si perseveráis en vuestro deseo de lidiar con Laertes o si queréis tomaros más tiempo.

HAM. Yo soy constante en mis resoluciones. Si Laertes se muestra dispuesto, dispuesto me hallo yo, ahora mismo o en cualquier momento que sea, con tal que me sienta tan apto como en la actualidad.

GENT. El Rey y la Reina, acompañados de toda la corte, se dirigen aquí.

HAM. En buen hora.

GENT. La Reina desea que dispenséis un afectuoso recibimiento a Laertes antes de principiar el asalto.

HAM. Bien me aconsejáis. (Vase el Gentilhombre.)

HORA. Váis a perder la apuesta, señor.

HAM. No lo creo yo así. Desde que partió él para Francia no he cesado un momento de ejercitarme en tirar, y con las ventajas que me conceden, yo ganaré. Con todo, no puedes tú figurarte qué malestar siento yo aquí en el corazón. Pero no importa.

HORA. Pues entonces, mi querido Príncipe...

HAM. Una tontería, nada más; pero es una suerte de presentimiento funesto que tal vez turbaría a una mujer.

HORA. Si vuestro corazón siente alguna repugnancia, obedecedle. Yo estorbaré que vengan ellos aquí, diciéndoles que os halláis indispuesto.

HAM. No, ni pensarlo. Yo no hago caso de augurios; hasta en la caída de un pajarillo hay una providencia especial. Si esta es mi hora, es que ya ha llegado, y si no me ha llegado al presente, a pesar todo, ella vendrá. Todo consiste en estar bien preparado, y pues nadie es dueño de lo que un día ha de abandonar, ¿qué importa abandonarlo pronto? ¡Sea lo que Dios quiera!

ESCENA IV

DICHOS, Entran el REY, la REINA y LAERTES con otros caballeros y damas. Osric y algunos pajes con las espadas de punta y guantes de esgrima. Los pajes disponen una mesa con botellas de vino, jarros, copas, etc., cuando se indique.

REY — Ven, Hamlet, ven y toma esta mano que yo te presento. (Poniendo la mano de Laertes en la de Hamlet.) (Los reyes se sientan.)

HAM. — (A Laertes.) Vuestro perdón os pido, hidalgo; gran agravio os hice, más perdonádmelo a fuer de caballero que sois. Bien saben todos los aquí presentes y vos mismo debéis de haberlo oído, cuán atormentado me hallo de cruel frenesí. Todo cuanto hice que pudiera ofenderos y motivar vuèstro enojo, declaro aquí mismo que fué en un acceso de locura. No, no fué Hamlet quien ultrajó a Laertes, puesto que si Hamlet estaba fuera de sí, no siendo ya él, si infiere una ofensa a Laertes no es Hamlet quien tal hace; Hamlet lo reprueba. Quien, pues, os ofendió fué su demencia, y dado ello Hamlet figura en la parte ofendida, puesto que víctima fué de su propia locura. Haced, caballero, que mi disculpa de toda intención dañina en presencia de estos testigos me absuelva en vuestro generosísimo pensamiento, de igual modo que si disparando una flecha a la ventura, hubiese yo herido a mi propio corazón.

LAER. — Dóime por satisfecho tocante a mi corazón cuyo impulso en este lance es lo que principalmente debería arrojarme a la venganza, pero en lo que atañe a mi honra, mantengóme en reserva, y no admito reconciliación alguna hasta que de jueces graves

y de honor reconocido obtenga yo un dictamen y un precedente en favor de la paz, a fin de que mi nombre quede a salvo. Mas en el ínterin yo acepto como buena la amistad que me ofrecéis y no faltaré a ella.

HAM. De buen grado admito vuestras razones y quiero desapasionadamente tomar parte en esta apuesta. (A los pajes.) Dadnos las espadas y adelante.

LAER. Adelante, pues. Una para mí.

MAR. Al esgrimir estas hojas (Indicando las espadas) vendré yo a ver el espejo que prestará nuevo brillo a vuestro mérito Laertes; mi torpeza hará resaltar vuestra maestría de un modo resplandeciente como un astro en medio de la noche tenebrosa.

LAER. Os burláis de mí, Alteza.

HAM. No tal, lo juro por esta mano. (Extendiendo la derecha.)

REY Dadles las espadas, Osric.—Estás ya enterado de la apuesta, hijo Hamlet.

HAM. Perfectamente, señor. Vuestra Majestad ha apostado en favor de la parte más débil.

REY Nada temo por ello. Os he visto tirar a entrambos. Mas por cuanto él es aventajado tenemos la diferencia en favor nuestro.

LAER. (Examinando una de las espadas que le presenta Osric.) Esta es harto pesada. A ver otra.

HAM. (Cogiendo la que queda.) Esta me parece bien. ¿Son largas por igual ambas?

OS. Sí, mi buen señor. (Hamlet y Laertes se disponen para el asalto.)

REY (A los pajes.) Poned las botellas de vino sobre esta mesa. Si Hamlet da el primero o segundo botonazo, o se desquita devolviendo el golpe en la tercera acometida, el Rey invitará a un brindis para que Hamlet tome alientos y echará en la copa como prenda de unión una perla de singular belleza y más valiosa que la que han llevado cuatro reyes sucesivos en la corona de Dinamarca. Vengan las copas y que los tambores y

los clarines anuncien el combate.—«Ahora brinda el Rey a la salud de Hamlet.» (A Hamlet y Laertes.) Vamos, empezad. (A Horacio y Osric.) Y vosotros jueces, observad con ojo atento.

HAM. En guardia, caballero.

LAER. En guardia. (Dan el asalto.)

HAM. ¡Una!

LAER. ¡No!

HAM. Que juzguen.

OS. Una estocada, una estocada bien manifiesta.

LAER. Sea. Empecemos otra vez.

REY ¡Alto! (A los pajes.) Escanciadme la bebida. (Bebe. Suenan clarines y tambores.) Hamlet, esta perla es tuya. (Echándole en otra copa.) ¡Aquí está para tu salud. (A los pajes.) Dadle esta copa.

HAM. Quiero antes terminar este lance. (A un paje.) Dejadla ahí cerca un momento. (La dejan sobre una mesita.) (A Laertes.) ¡Adelante! (Continúan el asalto.)

LAER. ¡Tocado, tocado, lo confieso!

REY (A la REINA). Nuestro hijo ganará.

REINA Ven, Hamlet, toma mi pañuelo y sécate la frente. La Reina brinda a tu buena fortuna, Hamlet! (Toma una de las copas que le presenta uno de los pajes).

HAM. Buena señora...

REY ¡No bebáis, Gertrudis!

REINA Sí beberé, señor, perdonad, os lo ruego. (Bebe).

REY (Aparte). (¡La copa envenenada! ¡Es ya tarde)! (La REINA ofrece una de las copas a Hamlet).

HAM. No me atrevo a beber, aun señora, dentro de un instante.

REINA Ven acá, deja que yo enjugue tu rostro.

LAER. (Aparte al Rey). (Ahora le acertaré, señor).

REY (Aparte a Laertes). (No creo tal).

LAER. (Aparte). (Sin embargo, es casi contra mi conciencia.

HAM. Ea, vamos a la tercera, Laertes. Pero no

hacéis más que juguetear. Por favor, tirad con todas vuestras fuerzas, pues recelo qùe me tomáis por un chiquillo.

LAER. ¿Lo decís de veras? En guardia, pues. (Empiezan de nuevo el asalto y después de un golpe dudoso dice OSRIC).

OSRIC. Nada, ni de una parte ni otra (Vuelven a tirar).

LAER. ¡Esta para vos! (LAERTES hiere á Hamlet; éste al sentirse herido retrocede un momento como extrañado de que un estoque embotado le hiara. Más recobrando bríos de tal manera que desarma a Laertes y arroja su espáda al suelo y después de cambiar los aceros, Hamlet se tira á fondo y híere, á su vez a Laertes gravemente.)

REY. ¡Separadlos! ¡están enardecidos!

HAM. No; volvamos otra vez (La REINA cae desfallecida).

OSRIC. ¡Atended a la Reina! Allí. (A los dos contendientes a los cuales separán con dificultad). ¡Tenéos!

HORA. ¡Sangran los dos! (A Hamlet). ¿Cómo ha sido, señor?

OSRIC. ¿Qué es eso, Laertes?

LAER. ¡Qué ha de ser! que he sido cogido en mi propio lazo, Osric. Muero merecidamente víctima de mi propia felonía!

HAM. ¿Qué le pasa a la Reina?

REY Se ha desmayado al veros chorreando sangre.

REINA ¡No, no! ¡La bebida! ¡La bebida! ¡Ay! ¡Mi amado Hamlet, la bebida, la bebida! ¡Estoy envenenada!

HAM. ¡Qué infamia! ¡Hola! Cerrad las puertas. ¡Traición! ¡Que se descubra!

LAER. (Cayendo al suelo.) Hela aquí, Hamlet. Hamlet, vas a morir, no hay en el mundo medicina alguna que pueda salvarte. No tienes ni media hora de vida. En tu diestra está el arma traidora con su aguda punta emponzoñada; la criminal intriga se ha vuelto contra mí. Ya lo ves, aquí he caído para nunca más levantarme. ¡Tu madre está envenenada! No puedo más. ¡El Rey... el Rey es el culpable de todo! (El Rey intenta

huir, pero Hamlet le ataja el paso, se arroja sobre él y le hiere con saña.)

HAM. ¡La punta del acero envenenada también! ¡Ea, pues, veneno, haz tu obra! (Hiere al Rey, cogiendo la espada por mitad de la hoja, sirviéndose de ella como si fuera un puñal.)

TODOS ¡Traición! ¡Traición!

REY ¡Oh! ¡Favor! ¡Defendedme!

HAM. ¡Toma, incestuoso, fratricida! ¡Maldito Rey de Dinamarca! (Aplicándole la copa en los labios y forzándole a beber.) ¡Bebe este licor hasta la última gota! ¿No está aquí tu perla, tu prenda de unión? Vete, pues, a reunir con mi madre.

REY ¡Oh! (Muere el Rey.)

LAER. Ha recibido el pago que merecía. Esta ponzoña la preparó él mismo. Perdonémonos mutuamente, noble Hamlet. ¡Que mi muerte y la de mi padre no caigan sobre ti, ni la tuya sobre mí! (Muere.)

HAM. ¡De ello te absuelva el cielo! Yo te perdono y te sigo... Voy a morir, Horacio, desventurada Reina... adiós. Horacio, yo muero y... tú vivirás... explica puntualmente toda mi causa y rehabilítame a los ojos de aquellos que no están bien informados de ello.

HORA. ¡No! Tengo yo más de antiguo romano que de danés. Todavía quedan aquí más gotas de licor. (Coje la copa.)

HAM. (Con un resto de energía trata de arrebatarle la copa de la mano.) ¡Dame esa copa! ¡Suéltala! ¡Por Dios, quiero que me la dés! ¡Oh, mi buen Horacio! ¡Qué nombre más execrado subsistirá después de mí, quedando, de tal modo, desconocidos los hechos! (Horacio le entrega la copa, Hamlet la tira al suelo violentamente.) Si me deparaste alguna vez un sitio en tu corazón, vive por algún tiempo, alienta en este mundo para contar mi historia. (Hace un esfuerzo para incorporarse. Horacio le ayuda a sentarse en el sillón del trono. Óyese en esto, a distancia

una marcha militar acompañada de una salva de artillería.) ¿Qué béli ·o rumor es ese?

Os. El joven Fortimbrás que llega victorioso de Polonia, saluda con esta salva marcial a los embajadores de Inglaterra. (Pausa. Hamlet, entre ansias y congojas, va desfalleciendo por momentos, sostenido por Horacio que hace extremos de dolor.)

HAM. ¡Ah, yo fallezco, Horacio! El poderoso veneno subyuga ya por completo mis sentidos. No puedo vivir lo bastante para saber nuevas de Inglaterra... más auguro que la elección recaerá en Fortimbrás... mi voz moribunda, le otorga... mi voto. Manifiéstaselo así con todos los incidentes grandes y pequeños... que me han impulsado... A mi... sólo me resta el reposo eterno... ¡Este es el... silencio! (Muere en brazos de Horacio.)

HORA. ¡Qué noble corazón! ¡Adiós, amado Príncipe! ¡Coros de angeles, acompañadle y arrullad su eterno sueño. (Se acerca la marcha militar.)

ESCENA V

DICHOS y FORTIMBRÁS y su estado mayor. Quedan pasmados al ver aquella escena.

FORT. (Entrando.) ¿Donde está?

HORA. (Le muestra a Hamlet muerto, y le indica el sillón real.) ¡Por su real voluntad, este es tu trono!

FORT. ¡Oh! ¡Qué excelente rey se ha perdido! (Ordenando.) ¡Que cuatro capitanes le lleven al catafalco, y tres salvas de honor saluden su real cuerpo! (Suenan salvas de artillería.)

TELÓN PAUSADO

FIN DE LA OBRA